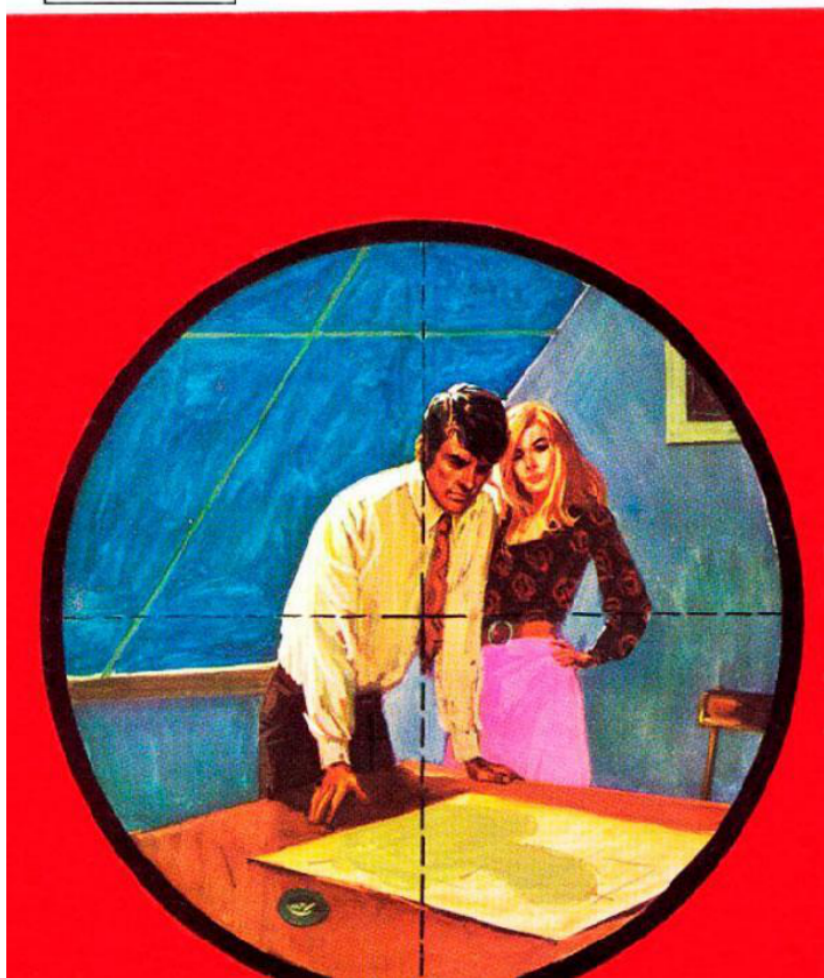


BOLSILIBROS
BRUGUERA

 SERIE
**PUNTO
ROJO**

la tapa del pastel

clark carrados



COLECCION

PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

LA TAPA DE PASTEL

Colección **PUNTO ROJO** n.º 486

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Dépósito legal: B 24.602 - 1971

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: agosto, 1971

© CLARK CARRADOS, 1971
sobre la parte literaria

© JORGE SAMPER, 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.208 —Puente sobre la sangre.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.063 —El cuarteto de la muerte.

En Colección BUFALO;

890 —Águila con pistolas.

En Colección CALIFORNIA:

770 —Los asesinos de la sierra.

En Colección COLORADO:

719 —Billetes y plomo.

En Colección KANSAS:

687 —Una pistola de color rojo.

En Colección BRAVO OESTE:

526 —Bancarrota a tiros.

En Colección PUNTO ROJO:

472 —¡No te duermas o morirás!

En Colección SALVAJE TEXAS:

785 —Pagar con sangre.

En Colección ASES DEL OESTE:

635 —Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

22 —El testamento escrito a balazos.

CAPÍTULO PRIMERO

Se acercó al espejo de cuerpo entero de su dormitorio y se miró complacida en el vidrio azogado. Sheree Egan sabía que ya no era una jovencita y que ya no cumpliría los treinta años —en realidad, estaba más bien cerca de los cuarenta—, pero todavía poseía una figura capaz de hacer volver la cabeza a los hombres cuando pasaba por la calle o entraba en algún lugar público.

Inspiró con fuerza unas cuantas veces, sintiéndose orgullosa de las arrogantes curvas del busto. Sí, todavía se sentía joven y hermosa, pese a las inevitables «patas de gallo» que ya asomaban en las comisuras de los ojos y que ella procuraba disimular con hábiles masajes y sabios retoques de productos cosméticos.

Y aquel ligero principio de papada... Tendría que frecuentar un poco más los baños de vapor; tenía uno o dos kilos de exceso en el peso normal y era preciso suprimirlos. Por lo demás, vestida adecuadamente, con un inteligente maquillaje, su sonrisa, su conversación y, todo había que decirlo su experiencia, era capaz de derrotar aún a cualquier jovencita de veinte años en todos los sentidos.

Sheree Egan tenía motivos para sentirse satisfecha. Además, su trabajo le proporcionaba sustanciosos ingresos. No había, pues, motivos para no sentir la alegría de vivir.

La salud era también excelente. Por tanto, ¿para qué preocuparse en vano? Era preciso disfrutar de la vida, que se le presentaba amable y placentera y con las perspectivas de vivirla durante largos años.

Sheree Egan estaba equivocada. Al hilo de su existencia se acercaba ya la hoja que había de cortarlo.

Ella se encontraba en su dormitorio. Afuera, en el jardín, reinaba la oscuridad. La iluminación de la estancia, por otra parte, le hubiera impedido ver al sujeto que se hallaba emboscado tras un

macizo de flores, de habérsele ocurrido mirar a través de la ventana.

Pero no, Sheree estaba entretenida mirándose a sí misma. Por eso no pudo ver, ni mucho menos oír, ya que no había hecho el menor ruido, al hombre que se hallaba agazapado en el exterior, provisto de una pistola.

El arma tenía un culatín para apoyarla en el hombro y hacer mejor puntería. Disponía de silenciador y visor telescópico. El cañón, por otra parte, era algo más largo de lo ordinario.

Sí, Sheree Egan tenía motivos, para sentirse satisfecha de la vida. Lo único que enturbiaba un poco, muy poco, sus rosadas perspectivas, eran los anónimos que había recibido en los últimos tiempos.

Pero ¡bah!, no había que hacerles el menor caso. Cosas de algún maniático despechado. No había por qué sentir el menor temor.

El asesino apretó el gatillo.

Sheree Egan sintió un terrible golpe en la base del cráneo. Su cabeza osciló adelante y atrás con tanta fuerza, que el artístico peinado que tanto le había costado elaborar se le deshizo en menos de un segundo.

Todo se hizo negro instantáneamente a su alrededor. Se le doblaron las rodillas y empezó a caer sobre las pieles que alfombraban el dormitorio. Así quedó, con un brazo bajo el cuerpo, los ojos vidriados y un ligero reguero de sangre entre la cabeza y los hombros, magnífica estatua de nívea carne, cuyo hilo de la existencia había sido cortado por un pedacito de plomo.

En un instante, las rosadas perspectivas de Sheree Egan se habían sumergido en la negra noche de la muerte.

Kim Farhis leyó la noticia del asesinato a la mañana siguiente y se quedó un poco preocupado, pero más extrañado aún por la muerte de Sheree Egan.

Farhis conocía a Sheree, si bien había que admitir que se trataba de un conocimiento superficial y que databa de poco tiempo. Ello se debía a un encuentro fortuito que ambos habían tenido no hacía mucho en un elegante local de Jaffersville.

Sheree se había mostrado amable y simpática con él, de tal modo que más que insinuarlo, se lo había dicho claro: esperaba que viniese a tomar una copa con ella algún día en su casa. Farhis había

aceptado de una manera puramente formularia.

Ella le había hecho algunas preguntas que no podían tratarse de indiscretas y, además, hábilmente formuladas, acerca de su edad, domicilio, profesión etcétera. Y como Farhis no tenía nada que ocultar había satisfecho la curiosidad de Sheree.

Ahora, se dijo Farhis, mientras tomaba una taza de café en la cocinilla de su apartamento, Sheree estaba muerta. El informe forense decía que la muerte se había producido a causa de un balazo en la nuca, disparado desde veinte o más pasos de distancia.

Se preguntó quién podía haber tenido interés en asesinar a una mujer que, si no era ya una jovencita, resultaba aún agradable tanto físicamente como en la conversación, siempre amena y chispeante. A Farhis le parecía que no podía ser otra cosa que una venganza.

El oficial de policía encargado del caso, también opinaba lo mismo, aunque, según había manifestado a los periodistas, no tenía la menor idea de quién podía ser el autor del crimen.

¿Por qué celos motivo de la venganza?, habían preguntado los periodistas. Muy sencillo, había respondido el oficial de policía; porque en la residencia de la señorita Egan no se había visto el menor desorden.

Sus joyas, efectos personales y algún dinero, habían aparecido intactos. No se notaba la falta de nada de valor.

Sheree era la directora de lo que ella misma denominaba Agencia de Relaciones Prematrimoniales. ¿Dónde estaban los ficheros de la agencia?, habían preguntado los periodistas. El teniente Glengarry había contestado que lo ignoraba.

—Conque Agencia de Relaciones Prematrimoniales, ¿eh? —murmuró Farhis.

Ahora comprendía el significado de las preguntas que Sheree le había hecho. Para él, además, estaba también muy claro el significado de la agencia que había dirigido la difunta y cuyos archivos no habían sido hallados.

Pero como tenía que ir a trabajar y no se creía relacionado en modo alguno con el asesinato, Kim Farhis dejó el periódico a un lado, apuró las últimas gotas de café, se levantó y se fue a la calle.

Sonó el teléfono. Una mano de gruesos dedos, velluda, levantó el aparato.

—¿Pendleton? —dijo una vez.

El hombre fornido y sanguíneo, contestó con un gruñido de afirmación, sin soltar de los dientes el recio habano que fumaba en aquellos momentos.

—Sí —confirmó.

—¿Puede disponer de cien mil dólares pasado mañana?...

Pendleton pegó un bote en el asiento.

—¿Para qué quiere usted cien mil dólares, amigo? —preguntó.

—Para socorrer a un desvalido: yo. Si no me da usted esos cien mil, yo tendré que vender algo que guardo en mucha estima. Por ejemplo, las notas de las entrevistas que usted celebró tiempo atrás con una supuestamente virtuosa dama, casada con uno de los notables de Jaffersville. En esas notas se explica claramente el día y el lugar de las entrevistas. Son tan detalladas, que incluso figuran en ellas la duración del tiempo que usted y la virtuosa dama pasaron juntos conversando sobre temas elevados de filosofía, arte, música... ¡ejem, ejem! —Tosió el desconocido burlonamente.

—¿Qué pasaría si no pagase la suma que me pide? —inquirió.

—¿Preferiría usted poner en la picota la buena fama de una mujer virtuosa? Además, tengo entendido que el esposo es un hombre de carácter violento e irascible. El no sería capaz de comprender que las entrevistas eran simplemente entre dos personas de almas gemelas, que se comunicaban mutuamente sus anhelos e inquietudes sobre diversos asuntos morales...

—¡Basta! —cortó Pendleton—. No quiero oírle ni una sola palabra más. Le diré una cosa y métasela en la cabeza, amigo: No pagaré. ¿Está claro?

—Bueno, bueno, como usted quiera. Pero yo necesito ese dinero y, como me imagino que su respuesta, en estos momentos, tiene mucho de la irreflexión provocada por la ira, le daré cuarenta y ocho horas para que se lo piense. Llamaré pasado mañana a esta misma hora. Adiós, Pendleton.

Sonó un «click» indicador de que la comunicación se había cortado. Pendleton apretó los labios.

Se imaginaba fácilmente quién era el autor de la llamada. Aquel tipo pretendía sacarle el dinero y, además, burlarse de él.

—No me conoce bien —gruñó Pendleton, a la vez que abría el cajón derecho de su mesa de despacho y contemplaba el brillante metal del revólver de calibre 38 que allí guardaba.

Sonó el zumbador del interfono. Una voz femenina, dijo:

—Señor Farhis, la señorita Evans desea hablar con usted.

—Está bien, hágala pasar, Molly.

—Sí, señor.

La puerta del despacho se abrió segundos después. Una elegante joven, de atractiva silueta, pelo negro y ojos grises, avanzó hacia el ocupante de la estancia.

—¿Señor Farhis? Soy Charlotte Evans —dijo, tendiéndole una mano enguantada en negro.

—Es un placer, señorita Evans —respondió Farhis—. ¿Quiere tomar asiento, por favor?

—Muchas gracias.

Charlotte se sentó, cruzando las piernas, de perfecto trazado. Abrió el bolso, sacó un cigarrillo y se lo puso en los labios. Farhis se apresuró a encendérselo.

Ella agradeció el gesto con una leve inclinación de cabeza. Luego dijo:

—Seguramente estará preguntándose los motivos de mi visita, señor Farhis.

—Usted me los va a expresar ahora mismo, señorita Evans —sonrió Farhis.

—Sí, es cierto. Los motivos... el motivo, mejor dicho, es el asesinato de Sheree Egan.

Farhis hizo un gesto de sorpresa al oír aquel nombre.

—Es curioso —comentó—. ¿Qué relación puede tener ese suceso conmigo, señorita?

—Hay relación entre ese suceso y usted, y había relación entre Sheree y yo —declaró Charlotte sin inmutarse.

—Muy bien, explíquese, pues, por favor —pidió él, mientras se disponía a encender un cigarrillo, reclinado parcialmente en el borde de su mesa de despacho.

—En primer lugar, le diré que Sheree era mi madrina. No tengo padres y ella cuidó de mí desde edad muy temprana. Siempre la quise muchísimo y puede comprender cuánto me afectó la noticia de su muerte.

—Me lo imagino fácilmente y espero me permita ofrecerle mis condolencias, señorita Evans —dijo Farhis.

—Gracias. Ahora le diré cuál es la relación que existía entre

Sheree y usted.

—La derivada de un encuentro casual y, ciertamente muy grato —manifestó él.

—Y de su profesión, de la de usted, me refiero —afirmó Charlotte.

Farhis enarcó las cejas.

—No entiendo —dijo—. Su madrina no me encargó la resolución de un asunto...

—A usted, no —puntualizó Charlotte—. Me lo encargó a mí, porque presentía que podía ser asesinada. Por eso estoy aquí, señor Farhis, para pedirle que esclarezca el crimen del que resultó víctima inocente Sheree Egan.

CAPÍTULO II

El hombre estaba trabajando en su mesa de despacho. La estancia se hallaba alumbrada solamente por la lámpara de mesa. El silencio era absoluto.

La puerta del despacho se abrió de repente sin hacer el menor ruido. Pendleton cerró luego con todo cuidado y avanzó hacia la mesa.

Entonces, el ocupante presintió algo y levantó la cabeza.

—¡Toby! —exclamó—. ¿Qué diablos haces en casa y a estas horas?

—He venido a verte —dijo Pendleton tranquilamente—. Quiero que me entregues los documentos que hablan de mí.

—¿Qué? —dijo el otro—. ¿Te has vuelto loco? No sé de qué me estás hablando...

El revólver de Pendleton brilló súbitamente a la luz de la lámpara.

—Ben Tibbs —dijo—, no estoy aquí para perder el tiempo ni he traído los cien mil que me pediste. Tienes un minuto exactamente para entregarme esos documentos. De lo contrario, te mataré.

—Pero, Toby, por el amor de Dios...

—¡Basta, no me vengas con subterfugios! O me das tú esos documentos o me los tomaré yo. ¿Está claro?

Hubo un momento de silencio. Luego, la mano de Tibbs se deslizó hacia el cajón de su mesa.

Pendleton apretó el gatillo. Tibbs pegó un salto en el asiento, luego se desplomó hacia atrás. Se estremeció un poco y acabó por quedarse inmóvil, con medio cuerpo fuera del sillón y un brazo colgando laciamente.

Pendleton inspiró con fuerza. Miró a su alrededor.

La puerta del despacho era de recios paneles de roble. Las cortinas de las ventanas eran de grueso terciopelo. Todo el mundo

dormía en la casa. No era posible que se hubiera oído la detonación en el piso superior.

Tranquilamente, Pendleton empezó a revolver los papeles de la mesa, para encontrar los que tanto le interesaban.

—La policía asegura no haber encontrado los archivos de la agencia de su madrina, señorita Evans —dijo Farhis al día siguiente, en la propia casa de la interfecta.

—Lo sé, he leído los periódicos. Pero tienen que estar por alguna parte —aseguró Charlotte.

—Antes de nada, dígame, ¿tiene usted pleno derecho a estar en la casa de Sheree?

—Sí. He hablado con su abogado y me dijo que ya hace tiempo me instituyó heredera universal de todos sus bienes. La policía tampoco ha puesto ningún inconveniente en que yo habite la casa.

—Muy bien —dijo Farhis—. La casa es suya. ¿Había estado usted aquí con anterioridad?

—No, nunca. Ésta es la primera vez que vengo a Jaffersville.

—De modo que no había estado nunca aquí —murmuró Farhis—. Residía en Tulsa, Oklahoma, me dijo ayer.

—Sí, señor Farhis.

—¿Cuál es su trabajo?

—Diseñadora en una casa de modas. Gano un buen sueldo.

Farhis miró a la muchacha de pies a cabeza. El modelo que vestía Charlotte aquella mañana era una agradable combinación de elegancia y buen gusto, junto con discreción en los colores, lo que no excluía una moderada audacia en el diseño. Era un conjunto muy juvenil y atractivo. «Como solo una chica con sus años y su figura podría lucir», pensó.

Charlotte se dio cuenta de la observación de que era objeto y se ruborizó ligeramente.

—¿Y bien, señor Farhis?

El investigador carraspeó.

—Estábamos hablando de usted y de su profesión —dijo—. ¿Por qué no vino nunca a Jaffersville?

—Sheree venía a visitarme. Una o dos veces quise hacerlo yo y ella me pidió que no lo hiciera. Costeó mi educación hasta que yo estuve en condiciones de ganarme la vida por mí misma.

—De modo que ella no quería que usted viniese a Jaffersville.

—Así es, señor Farhis. Ignoro los motivos de sus continuas negativas, pero éste es el hecho inocultable.

—Muy bien, señorita Evans. Ella, es decir, su madrina le escribió mencionando mi nombre.

—Y su agencia de investigación. En su última carta decía que había recibido un par de anónimos, en los que se la amenazaba de muerte. No creía que eso llegara a ocurrir, pero, en el peor de los casos, me aconsejaba recurrir a usted.

—Es curioso —comentó Farhis, entrecerrando los ojos—. Sheree y yo nos vimos una vez, aunque es preciso admitir que fue una entrevista sumamente agradable. Nunca hubiera podido imaginarme lo que pasó pocos días después, ni mucho menos que la escribiese a usted, hablándole de mí.

—Pues así sucedió, por desgracia —dijo Charlotte con voz cortante—. La amenaza de los anónimos se cumplió. Y yo quiero que usted encuentre al asesino. Todo lo que soy se lo debo a ella y es preciso que su muerte sea castigada.

—De modo que Sheree suplió a los padres que usted no tuvo.

—Sí. Estuvimos juntas hasta que yo tuve doce años. Entonces me envió interna a un colegio de monjas de Tulsa. A los dieciocho, encontré mi primer trabajo y, con su permiso, abandoné el internado. Hace dos años, cambié de empleo. Estoy muy contenta en la casa de modas para la cual trabajo actualmente.

—Desde luego. Pero antes de dar el primer paso, quiero decirle una cosa, señorita Evans.

—Sí, señor Farhis.

—Tiene usted que encararse con la realidad, amarga y decepcionante. Ya no está usted en la edad de que se le oculten las cosas feas, presentándolas bajo un prisma rosado. ¿Me entiende?

—Hable, se lo ruego —pidió Charlotte con voz tensa.

—Se trata de Sheree Egan. ¿Conocía usted la clase de trabajo que hacía?

—Sí, tenía una denominada Agencia de Relaciones Prematrimoniales. Buscaba parejas a las personas que querían casarse, ponía en relación a hombres solteros o viudos con mujeres en análogas condiciones...

Farhis movió lentamente la cabeza.

—Temo que esté usted engañada —dijo—. El nombre de

Agencia de Relaciones Prematrimoniales, era un eufemismo, detrás del cual se ocultaban muchas cosas inconfesables.

Charlotte se puso roja de vergüenza.

—¿Qué quiere usted decir, señor Farhis? —exclamó.

—Sencillamente, que las relaciones que se producían por mediación de Sheree no eran para casar a dos personas, sino para que se entrevistasen un hombre y una mujer, o viceversa, de un modo que lo mejor que puede calificarse es de ilícito.

Ella se dejó caer sobre un taburete forrado de terciopelo rojo.

—Me siento anonadada —confesó—. Entonces, Sheree era lo que, diciéndolo con buenos modos, se llama una Celestina.

—Desgraciadamente, es el calificativo apropiado —corroboró Farhis.

El timbrazo del teléfono hizo saltar a Pendleton en su asiento. Miró al aparato con odio y luego lo arrancó de la horquilla de un manotazo.

—Hola —sonó en sus oídos una voz sarcástica—. Estoy bien, y sigo vivo. ¿Qué hay de los cien mil, Pendleton?

—¡Váyase al diablo! —rugió el aludido.

—Eso es lo que usted querría que sucediera, pero no ocurrirá. Todavía sigo vivo y coleando, al contrario de lo que le pasó al pobre Tibbs. No era él quien le pidió los cien mil.

La mano de Pendleton se crispó sobre el teléfono, hasta que blanquearon los nudillos.

—Está bien, hablemos en serio —dijo—. Cien mil es demasiado para mí...

—No rebajaré ni un centavo, Pendleton.

—Entonces, afrontaré todos los riesgos. Cincuenta mil y no se hable más.

Hubo una corta pausa de silencio.

—Me doy cuenta de sus dificultades —habló la voz de nuevo—. Acepto los cincuenta mil y me dará otros tantos dentro de dos meses.

—¡Bandido!

—Acepte este arreglo o no cederé. ¿Entendido?

Pendleton se resignó.

—Bien, de acuerdo —contestó malhumoradamente—. ¿Cuándo, cómo y dónde?

—Pasado mañana, a las once y media de la noche, en la esquina de las calles Veintidós y Friars. Billetes de baja denominación y sin numerar.

—Entiendo. ¿Qué más?

—Pondrá el dinero en una cartera de mano, negra. Hay un jardincito en la esquina que le he mencionado. Verá un olmo muy frondoso. Deje la cartera al pie, en el lado opuesto a la acera. Eso es todo.

—¿Y los documentos que me comprometen? —bramó Pendleton.

—Los tendrá dentro de dos meses, cuando haya recibido los otros cincuenta mil...

—Entonces me pedirá cincuenta mil más...

—No, Pendleton; soy un hombre serio en mis tratos. Be momento, tiene dos meses de respiro. Su nombre y el de la virtuosa dama continuarán en el anónimo, puede estar seguro de ello. Y dentro de sesenta días, usted podrá respirar libremente... a cambio del segundo envío de cincuenta mil. ¿Entendido?

—Sí, desde luego.

—Eso es todo. No olvide mis instrucciones... ni trate tampoco de jugarme una mala pasada, metiendo recortes de periódicos en la cartera. Adiós.

La comunicación se cortó. Pendleton maldijo mil veces el día en que se le ocurrió poner los ojos en aquella mujer.

«Virtuosa dama», calificó mentalmente, a la vez que exhalaba una agria carcajada. «Tan virtuosa como las camareras de una taberna de puerto».

Y luego empezó a pensar en una solución que le permitiese no sólo ahorrarse los cincuenta mil dólares dos días más tarde, sino otros tantos a los dos meses..., y, además, eliminar de una vez para siempre aquella amenaza que pendía sobre su cabeza.

Respecto a Ben Tibbs, ni se acordaba ya de él.

Kim Farhis hizo un gesto de desaliento y dijo:

—Lo siento, señorita Evans; no se me ocurre dónde pueden estar los archivos de su... de Sheree Egan.

Charlotte se mordió los labios.

—¿Cree usted que tenía unos archivos?

—Estas cosas no se llevan en la cabeza —contestó él—. Se anotan en algún libro, un cuaderno, una agenda... Pero no se hacen

de memoria.

—¿Tantas... relaciones proporcionaba Sheree a los hombres que venían a buscarla? —preguntó Charlotte.

—Y las mujeres —dijo Farhis—. Las peticiones de... compañía, no procedían solamente del lado masculino, sino del femenino.

—No puedo, no puedo creer que ella se metiera en unos negocios tan turbios —dijo Charlotte, estremecida de horror.

—Lamentablemente, así era, señorita Evans.

Hubo un momento de silencio. Luego, Charlotte, dijo:

—Señor Farhis, ella dejó algún dinero. Le pagaré bien, pero encuentre al asesino. Cualesquiera que fuesen sus defectos, yo le debo todo cuanto soy.

—Sí, señorita Evans. Personalmente, debo decirle que la encontré muy simpática y agradable en la única vez que hablé con ella. No se puede decir que su medio de vida fuese precisamente honorable, pero tampoco merecía morir de un tiro en la nuca.

Charlotte se estremeció.

—¡Por favor! —rogó.

Farhis recobró el sombrero.

—Tengo que irme —manifestó—. La llamaré en otro momento. Mientras tanto, usted siga buscando por la casa.

—Sí, señor Farhis.

El investigador vio que ella se ponía un cigarrillo en la boca y se apresuró a encendérselo con una tira de fósforos que encontró sobre una mesita y que luego, maquinalmente, guardó en el bolsillo.

Más tarde, Farhis encendió un cigarrillo con un fósforo de aquel mismo sobrecito, dándose cuenta entonces de que no era suyo. Por curiosidad, leyó el anuncio grabado en la tapa y que era de un *night-club* denominado The Golden Circle.

—Será cosa de darse una vueltecita por ese local, a ver lo que se pesca —murmuró pensativamente.

Pero dadas las características de The Golden Circle y puesto que aún faltaban varias horas para que se hiciese de noche, Farhis decidió dejar pasar el tiempo. En tanto, haría algunas investigaciones que, estimaba le ayudarían notablemente en la solución del caso.

CAPÍTULO III

Charlotte se sentía insomne. No sólo se debía a los acontecimientos de los últimos días, sino también al hecho de que dormía en un lugar distinto al suyo habitual. Claro que no ocupaba el dormitorio de la muerta.

Apenas hacía cuatro días que había sido hallado el cadáver de Sheree. Charlotte ocupaba uno de los dormitorios destinados a los huéspedes. Le habría parecido una irreverencia dormir en la cama de Sheree, aparte de que podía dejar de tener presente en todo momento la violencia del suceso.

La brasa de su cigarrillo era un puntito rojizo en la oscuridad del dormitorio. Charlotte sólo tenía una idea fija en su mente.

¿Dónde estaban los archivos de la sedicente Agencia de Relaciones Prematrimoniales?

El nombre, hartó rimbombante, ocultaba la verdadera finalidad de tal agencia. Charlotte se preguntaba una y otra vez cómo había podido caer Sheree tan bajo.

De repente, le pareció oír un ruido que quebrantaba el absoluto silencio de la noche.

Un escalofrío recorrió su cuerpo. ¿Había alguien en la casa?

El ruido se repitió. Charlotte tuvo la prudencia de no encender la luz.

Dejó el cigarrillo sobre un cenicero contiguo, apartó a un lado las ropas de la cama y se puso unas zapatillas y una bata. Luego, pisando sin hacer ruido, salió del dormitorio.

La casa, relativamente grande, era de una sola planta. Su dormitorio daba a un amplio corredor, en donde había varias puertas. Por debajo de una de ellas divisó una raya de luz.

Por un instante, pensó en Farhis, pero desechó la idea de inmediato. El investigador no tenía por qué entrar tan sigilosamente en su casa.

Por tanto, se trataba de un intruso.

Un conocido de Sheree, indudablemente.

Avanzó hacia la puerta, que correspondía al despacho de la muerta. Abrió de golpe y vio a un individuo alto y muy fornido, inclinado sobre la mesa de trabajo.

—Cuando encuentre lo que busca, avísame —dijo Charlotte sarcásticamente—. Yo me he pasado el día entero en esa labor y no he conseguido nada.

Pendleton se estremeció, pero no dijo nada ni tampoco se movió. Estaba inclinado y el ala del sombrero le tapaba la cara por completo.

Charlotte avanzó un par de pasos. Entonces, Pendleton, maldiciendo de la inoportunidad de aquella mujer, alargó la mano y presionó el interruptor de la lámpara de sobremesa.

El despacho quedó a oscuras instantáneamente. Charlotte oyó, pasos precipitados, notó que se descorrían las cortinas y vio una silueta oscura que saltaba a través de la ventana que daba al jardín.

Respiró aliviada. El intruso se había ido.

Encendió la luz. Todo estaba revuelto. Charlotte comprendió que el desconocido era alguien relacionado en los famosos archivos de su madrina.

—¿Qué dirán esos archivos? —se preguntó.

Nombres, direcciones, detalles tremendamente comprometedores... Y, con seguridad, habría muchas personas a las que no interesaba se hiciera la luz en aquel turbio asunto.

Las tres chicas, muy ligeras de ropa, cantaban peor que movían las piernas, pero esto no parecía importar mucho a la clientela del Golden Circle. Eran unas muchachas muy hermosas, con el singular aliciente de que se parecían enormemente.

—Una pesadilla para un borracho —sonrió Farhis, mientras contemplaba las evoluciones de las trillizas sobre el escenario.

Una mujer se le acercó de pronto, y apoyó ambas manos en la mesa en que se hallaba. Era joven, de formas opulentas y traje de tejidos de plata, con generoso escote. Sostenía con los dientes una larga boquilla, al extremo de la cual había un cigarrillo apagado.

—¿Fuego, buen mozo? —pidió.

—¿Lo das tú o lo pides? —preguntó Farhis.

Ella rió suavemente.

—Dicen que hago arder a los hombres, pero, ahora, me conformaría con encender el cigarrillo —contestó.

—Claro, guapa.

Una bocanada de humo fue a parar a los ojos de Farhis.

—Estás muy solo —dijo la mujer.

—Puedes hacerme compañía. Me llamo Kim.

—Hanna Guinlan —se presentó ella, a la vez que se sentaba frente al investigador. Pasó un camarero y le pidió de beber. Luego, sonriendo, añadió—: Me traerá agua colorada; de lo contrario, ya tendría el estómago perforado.

—No me has dejado pedir; yo te hubiera invitado a champaña.

—Déjalo, el de aquí, además de caro, es malo.

—Eso que dices va contra los intereses del patrón.

Hanna se encogió de hombros.

—Es un tipo con suerte —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Farhis.

Vino el camarero y dejó una copa sobre la mesa. Hanna simuló que probaba el líquido y añadió:

—El patrón está vivo. Otros han muerto con menos causa.

—¿Por ejemplo?

Hanna miró a Farhis a través de sus pestañas.

—Parece que mis palabras te interesan mucho.

—Es que tú has picado, mi curiosidad. ¿Quiénes han muerto con menos causa que tu patrón?

—Una mujer.

—Ah —dijo Farhis.

—Se llama Sheree Egan, pero eso, me imagino, no te interesa a ti.

—¿Quién sabe? —sonrió el investigador—. Por cierto, todavía no sé cómo se llama tu patrón.

Hanna colocó un nuevo pitillo en la boquilla.

—Dan Mac Veran y es una serpiente con figura humana. Pero éste no es sitio para hablar de él —contestó Hanna.

—¿Dónde y cuándo? —preguntó Farhis.

—Mañana, por la tarde. Calle Quince, Edificio Rayburn, séptima planta, letra F.

—De acuerdo. Seré puntual, Hanna.

Ella sonrió provocativamente.

—Me mostraré muy locuaz —prometió.

—¿A cambio de...?

Hanna guardó silencio unos instantes.

—Tu visita lo pagará todo, Kim —respondió.

Llevaba la cartera de piel negra en la mano y, antes de acercarse al olmo, miró a derecha e izquierda.

El cruce estaba desierto. Además de la hora avanzada, era uno de los parajes menos frecuentados de la ciudad.

Toby Pendleton entró en el jardín y se acercó al árbol. Dio la vuelta y se encontró de repente con una sombra negra, oculta hasta aquel memento por el grueso tronco.

Pendleton se sobresaltó terriblemente. El otro sonrió en la oscuridad.

—Hola, Toby —saludó, enseñando los dientes.

—Demonios, Cary —exclamó Pendleton—. ¿Qué diablos haces aquí?

—Esperarte a ti, claro.

—Pero...

—Te he estado siguiendo durante todo el día —dijo Cary Mews—. No quiero que me pase lo mismo que al pobre Tibbs.

—No sé de qué estás hablando, Cary...

—Vamos, no te hagas el tonto, muchacho. Demasiado sé lo que has hecho, pero no te dejaré que lo repitas conmigo.

Pendleton frunció el ceño.

—¿Qué rayos...?

Fue lo último que dijo. Demasiado tarde vio en la mano del otro una pistola.

El arma tenía silenciador. Mews hizo fuego tres veces muy seguidas.

Pendleton pegó un salto convulsivo, extendió los brazos y cayó de golpe hacia atrás. Perneó un poco, pero casi enseguida, se quedó quieto.

Mews se inclinó sobre el caído y recogió la cartera.

—¿Qué demonios llevará aquí? —se preguntó a media voz.

Soltó los broches y levantó la tapa. A pesar de la escasa iluminación, pudo ver los montones de billetes que había en el interior de la cartera.

—¡Caramba, esto es una fortuna! —dijo, asombrado.

—Eso mismo pienso yo, amigo; y no voy a dejar que me la arrebatén —sonó de pronto una voz a sus espaldas.

Mews se volvió con un respingo de asombro. Frente a él divisó una silueta humana.

El hombre llevaba gafas oscuras, muy grandes. En la mano tenía una pistola, igualmente provista de silenciador.

El arma disparó una vez. Mews soltó la cartera y se llevó ambas manos al estómago.

Se arrodilló. Gimió de dolor. Un segundo disparo lo derribó, convulso y ensangrentado, sobre el cadáver de su víctima.

El asesino guardó la pistola. Inclínándose, recogió la cartera y contempló unos instantes su contenido.

—No está mal —dijo, satisfecho, mientras aseguraba de nuevo las presillas de cierre.

Luego, con paso mesurado, abandonó el jardín. A los pocos metros, se quitó las gafas. La luz de un farol dio de lleno en un rostro de piel muy blanca, en cuyos labios se dibujaba una sonrisa de triunfo.

Kim Farhis oyó el timbre del teléfono y levantó el aparato.

—Hable, soy Farhis —dijo.

—Buenos días —saludó Charlotte—. Tengo noticias para usted.

—¿Interesantes?

—Opino que sí. Anoche recibí una visita.

—¿Quién era?

—No lo sé, no me lo dijo.

—¿Cómo?

—Yo estaba en la cama. El entró sin permiso, pero hizo ruido y le sorprendí registrando el despacho de Sheree. Apagó la luz y escapó.

—Entiendo —dijo Farhis pensativamente—. ¿Pudo captar algún detalle de su fisonomía?

—No. Cuando yo entré, él estaba inclinado sobre la mesa y el sombrero le tapaba la cara. Casi en el acto apagó la luz y escapó por la ventana.

—Comprendo. No le vio la cara, pero... ¿se fijó en algún otro detalle?

—Era muy corpulento y ancho de hombros, es todo lo que puedo decirle.

—¿Las manos?

—Enguantadas. Ya digo que la cosa duró diez o quince segundos solamente.

—Sí, desde luego. ¿Le vio las armas?

—No, señor Farhis.

—Usted tampoco tiene, ¿verdad?

Charlotte se estremeció.

—Ni quiero tenerlas —contestó.

—Hasta cierto punto, me parece muy bien, señorita Evans. ¿Puedo pedirle una cosa?

—Sí, desde luego.

—Sheree le habló de ciertos anónimos. Me gustaría que los buscase.

—Suponiendo que ella no los haya quemado. Veo en el despacho una chimenea muy adecuada a esos menesteres.

—Sí —suspiró el investigador—, es muy probable. Pero inténtelo, por favor.

—Se lo prometo.

—¿Avisó a la policía de la presencia del intruso?

—¿Para qué? No era un ladrón corriente y vulgar. Usted y yo sabemos lo que buscaba, ¿no?

—Cierto. Buscaba algo que nosotros no hemos encontrado todavía. Ojalá no lo haya hallado él.

—Yo diría que no. Estoy segura de que no le di tiempo. Además, si nosotros, que dispusimos del tiempo que nos pareció conveniente, sin temor a ser sorprendidos, no pudimos encontrar nada, ¿cómo iba a conseguirlo él en sus condiciones?

—El razonamiento es correcto, salvo que el intruso no fuera a tiro hecho.

—No puede ser. Estaba todo muy revuelto, lo que indica que tampoco sabe dónde están esos archivos que tanto nos preocupan.

—Es una respuesta muy consoladora. Gracias por todo, señorita Evans.

—Perdone un momento, señor Farhis. ¿No tiene alguna noticia para mí?

—Tal vez esta noche. Ya la llamaré más tarde.

CAPÍTULO IV

El ascensor se detuvo en el séptimo piso. Farhis salió al pasillo y buscó la letra F.

Llamó a la puerta. Un hombre abrió a los pocos momentos.

—Pase, señor Farhis —invitó, con la sonrisa en los labios.

El investigador se quedó parado un instante.

—Tal vez me he equivocado de departamento.

—No, no se ha equivocado. Entre, se lo ruego.

Farhis cruzó el umbral. Sentado, en el fondo de la sala, había otro sujeto de tan pésimo aspecto como el primero. El que estaba sentado tenía las piernas cruzadas y en la mano derecha una corta cachiporra, con la que se golpeaba negligentemente la palma de la otra mano.

—A usted le conozco yo —dijo Farhis de pronto, refiriéndose al de la cachiporra—. Se llama Al Kuttara.

—Sí —confirmó el tipo lacónicamente.

—Mi nombre, en cambio, no lo sabe —dijo el otro—. Soy Lex Owie.

—Tanto gusto —respondió Farhis fríamente—. Pero yo buscaba a Hanna Guinlan.

—Está de viaje —declaró Kuttara.

—Un viaje muy largo —añadió Owie.

Farhis entornó los ojos.

—¿Definitivo?

—No pienses mal; Hanna está viva, pero a dos mil millas de Jaffersville. Partió en avión hacía... bueno, eso no le importa. Se fue a la madrugada.

—Ya —murmuró Farhis—. Se quitaron un estorbo de encima.

—Efectivamente.

—Era una chica muy parlanchina —calificó Owie.

—Y nosotros queremos que la olvide para siempre —dijo

Kuttara.

—No soy amnésico —sonrió Farhis.

—Ahora lo será —aseguró Owie—. La medicina que le vamos a dar le hará olvidar a Hanna Guinlan para siempre.

Kuttara se puso en pie. Farhis inspiró con fuerza.

—Me van a dar una paliza —dijo.

—El tipo es listo, ¿eh? —exclamó Owie, riendo de costadillo.

—A veces convendría ser un poco tonto —sonrió Kuttara, sin dejar de agitar la cachiporra significativamente.

—Un momento —pidió Farhis—. ¿Puedo saber, al menos, por qué van a pegarme?

—Oh, claro que sí —contestó Owie con fingida amabilidad—. No queremos que se acuerde más del Golden Circle ni de Hanna Guinlan.

—Ah, ya —murmuró Farhis, y de súbito, sin previo aviso, disparó su puño derecho.

Fue un golpe sañudo, dirigido deliberadamente a la nariz de Owie, en la que clavó los nudillos con todas sus fuerzas. Owie lanzó un chillido, retrocedió un par de pasos y se dedicó a la apasionante tarea de cuidar a su apéndice nasal.

—El chico ha resultado belicoso —gruñó Kuttara.

Y se arrojó sobre él, con la porra en alto.

Una silla se le enredó repentinamente en las piernas. Kuttara empezó a caer de bruces, pero en el trayecto, su mandíbula tropezó con una rodilla que se había levantado inesperadamente y, en el acto, perdió todo interés por las cosas de este mundo.

Farhis se dedicó de nuevo a Owie, quien parecía haberse recuperado un tanto. Pero no dejó que lo consiguiera por completo.

Amagó un golpe al estómago. Cuando Owie intentó pararlo, su nariz quedó nuevamente al descubierto. El sujeto no pudo resistir el segundo golpe y cayó casi sin sentido en el suelo. El dolor que sentía le impedía reaccionar.

Farhis, quiso curarse en salud, y despejó a los intrusos de sendas pistolas. La cachiporra fue a parar debajo de un diván.

Owie fue el primero en levantarse, con la nariz convertida en un pimiento maduro.

—Mi memoria sigue siendo muy buena —declaró Farhis plácidamente.

Owie emitió un gruñido de amenaza. Kuttara empezó a levantarse.

—No vuelvan por aquí —dijo Farhis, a la vez que señalaba la puerta.

—La casa no es suya —protestó Kuttara.

Un tremendo puntapié lo sacó al pasillo.

—Acabo de convertirme en su dueño —dijo, mientras el rufián intentaba levantarse de nuevo.

Owie, más prudente, se escabulló rápidamente.

—Volveremos a vernos —prometió.

Farhis fingió ahogar un bostezo.

—Son ustedes muy aburridos —dijo.

Luego se dedicó a practicar un concienzudo registro en el piso, pero no consiguió encontrar nada que le ayudase en su tarea.

Maldijo entre dientes. Mac Veran había demostrado ser listo y, a fin de evitar compromisos, había hecho que Hanna abandonase la ciudad.

—Una lástima que no haya dejado su dirección. El teléfono podría haber resuelto mi problema —se dijo.

Pero como no podía resolverlo de aquella manera, sólo podía hacer una casa: ir de nuevo al Golden Circle.

Aquella misma noche lo haría.

Las trillizas continuaban llamando la atención del público. A Farhis le gustaba mucho verlas cantar y bailar.

Un camarero se acercó de pronto con una botella de champaña y una copa. Farhis le miró sorprendido.

—Obsequio del gerente, señor —dijo el camarero.

Farhis enarcó las cejas.

—¿El gerente? No tengo el honor de conocer a ese caballero —manifestó—. ¿Cómo se llama?

El camarero ignoró la respuesta. Abrió la botella, llenó la copa y se retiró.

Farhis tomó un par de sorbos.

—No parece que quieran envenenarme —comentó para sí.

El camarero había roto el precinto en su presencia, pero Farhis sabía que los precintos se podían imitar. No obstante, si le iban a envenenar, no lo harían con una botella de champaña, porque tendrían que usar una cantidad de tóxico y ello se reflejaría en el

sabor del vino, que no parecía alterado en modo alguno.

Dejó pasar cosa de media hora. Luego abandonó la mesa y se dirigió hacia unas cortinas situadas al extremo del mostrador, tras las cuales había visto desaparecer a algunos individuos. Suponía que al otro lado de las cortinas se hallaría el despacho del gerente.

Acertó. Había varias puertas... En una de ellas vio el rótulo que confirmaba sus suposiciones: M. Weist, Gerente.

Llamó. La puerta se abrió por sí sola.

—Entre, señor Farhis —dijo una mujer.

El investigador avanzó un par de pasos. Luego se quedó parado.

Ella le miraba con una sonrisa burlona en sus bien delineados labios.

—Soy Marjorie Weist —se presentó—. Allí hay más champaña, señor Farhis. Llene dos copas, por favor.

—Con mucho gusto, señora Weist —dijo.

Farhis apreció de una ojeada la modernidad de la decoración. La mesa estaba sostenida por patas de cristal y a la derecha tenía una especie de cuadro de mandos, que supuso conmutadores de luces, teléfono, interfono y también el de apertura automática de la puerta.

Había también una mesita auxiliar, con dos monitores de televisión. Uno de ellos reflejaba lo que ocurría en la sala. El otro cubría todo el pasillo.

—Así me explico que haya sabido que era yo quien llamaba, señora Weist —dijo, mientras llenaba las copas.

—Es una precaución muy conveniente cuando no se desea recibir cierta clase de visitas —contestó ella.

—La mía ha sido bien recibida, por lo visto —comentó Farhis, acercándose a la mesa.

Ella se puso en pie. Farhis le entregó una copa y la estudió unos instantes.

Era una mujer de veintiocho a treinta años, de buena estatura, rubia, con un peinado muy sofisticado y un vestido color gris acero, de corte futurista: abierto por el centro hasta el talle, sin espalda y con unos pantalones cortísimos en lugar de falda. El escote permitía ver el arranque de un busto de contornos clásicos.

—Le gusto —preguntó Marjorie con coquetería.

—No hay mujer joven que me disguste —contestó él—.

Imagínese si, además de joven, es hermosa.

—¿En qué categoría me clasifica usted, señor Farhis...?

—Usted es de las mujeres sin categoría, porque no hay ninguna en la cual encasillarla.

—Muy halagador —sonrió Marjorie.

—Digo lo que siento por un lado. Por otro, debo agradecer su invitación, señora...

—Marjorie, Marjorie a secas —indicó ella—. Algunos me llamarían Maggie, pero detesto el diminutivo. Parece propio de una sirvienta.

—A mí me gusta más el nombre completo —declaró él.

—Usted se llama Kim, pero ése no es su nombre, ¿verdad?

—Me llamo Peter —sonrió el detective—. Kim me llamaban de pequeño y así ha quedado para siempre.

—También es bonito —dijo Marjorie—. Pero todavía no me ha preguntado por qué le envié la botella de champaña.

—Conozco una razón. Dígame usted la otra.

—Lo hice para que no se sintiera tan solo. Parecía esperar a alguien que no va a venir.

—Sí, me he enterado de que Hanna Guinlan se ha ausentado de Jaffersville para una larga temporada.

—Nos ha dejado y, hablando sinceramente, no es una pérdida que tengamos que lamentar. Ahora, por favor, dígame la otra razón por la cual yo le he enviado el champaña. Francamente, no se me alcanza cuál pueda ser y me pica la curiosidad.

—Lo mismo que a mí. El camarero dijo que era obsequio del gerente y me sentí curioso.

—Seguro que no se imaginó que el gerente fuese una mujer.

—Bueno, uno puede suponerse que una mujer sea gerente de una empresa. Lo que ya es más difícil es que se trate de un portento de hermosura. La frase será tópica, quizá, pero no refleja la realidad.

Ella rió argentinamente.

—Tengo trabajo, Kim —dijo—. Gracias por tu visita.

—Me gustaría estrechar lazos —indicó él.

Marjorie pareció dudar un instante.

—Éste no es el lugar apropiado —contestó al cabo—. Tendría que ser en otro sitio.

—¿Por ejemplo?

—Grayston Place, doscientos uno.

—¿Día? ¿Hora?

—Mañana, seis de la tarde.

Farhis tomó una de las manos de la mujer, se inclinó y la besó galantemente.

—No faltaré —prometió.

CAPÍTULO V

Farhis salió al pasillo y oteó con cautela a derecha e izquierda.

Sí, allí estaba el objetivo de la cámara de televisión, discretamente instalado en uno de los rosetones de la moldura de adorno, cerca del techo.

Se preguntó si el objetivo cubría el pasillo en ambos sentidos. De cualquier forma, valía la pena correr el riesgo.

Al fondo divisó una escalera de cuatro peldaños, que acababa en otra puerta. Se dirigió hacia ella sin vacilar, saltando la escalera de un salto y llamó a la puerta.

Esperó unos instantes. La puerta se abrió, aunque no automáticamente.

Un hombre parpadeó al verle.

—¿Quién es usted? —preguntó—. Ahora estoy ocupado...

—Mi nombre es Farhis —dijo el investigador—. ¿Me equivoco al suponer que estoy hablando con Dan Mac Veran?

El sujeto se mordió los labios. Tenía unos cuarenta años, era ya casi calvo y su cintura acusaba demasiado los efectos de la afición a la buena mesa.

—Entre —invitó a desgana.

La mano izquierda de Farhis se apoyó en la puerta. Súbitamente, empujó con todas sus fuerzas.

Se oyó un gruñido de dolor. Un hombre salió, tambaleándose, con las manos en la cara. Farhis lo agarró por el cuello, lo empujó hasta la puerta y acabó de despedirlo con un puntapié en las posaderas.

Luego cerró, con la sonrisa en los labios.

—Me gustan las conversaciones sin testigos —dijo.

Pasó el cerrojo de la puerta y extendió la mano.

—Cuando guste, Mac —invitó.

Mac Veran ocupó su puesto tras la mesa.

—Hable, Farhis —dijo.

—Se trata de Hanna Guinlan —manifestó el investigador.

—Ah, sí, se ha marchado.

—A la fuerza. ¿Dónde está?

Mac Veran se encogió de hombros.

—No ha dejado su dirección —contestó.

—Ella iba a decirme algo de Sheree Egan —dijo Farhis.

—No sé nada de esa dama —declaró el dueño del local.

—Como mentiroso, es usted pésimo. Ella ha estado aquí más de una vez.

—Y usted, dos, si no más. ¿He de estar yo pendiente de todos mis clientes y en todo momento?

—Si no es así, ¿por qué envió a dos de sus esbirros con una medicina estimulante de la amnesia?

—Verá —dijo Mac Veran—. Creo que hubo una confusión. Le explicaré, Farhis...

Mac Veran alargó la mano hacia una caja de habanos que tenía en un lado de la mesa. Pero en lugar de abrirla, hizo presión en un determinado punto de la pulida superficie de caoba.

El suelo se abrió bruscamente bajo los pies de Farhis.

Farhis cayó antes de haber tenido tiempo de buscar un asidero. Contuvo el Aliento, pero, contra lo que creía, no se precipitó a plomo, sino que resbaló en la oscuridad por un plano inclinado, semejante a un tobogán.

Una cosa blanda amortiguó el final del viaje. Farhis rodó un par de veces por el suelo y luego se sentó con aire perplejo.

—Eso sí que no me lo esperaba yo —murmuró—. Creí que sólo pasaba en las películas de espías.

Encendió un fósforo. La llama le reveló el interior de un sótano, en el que se veían algunos trastos viejos y cajas vacías.

Tal vez el tobogán había sido usado en tiempos para echar el carbón destinado a la caldera de la calefacción. Como fuera, era un detalle que no tenía excesiva importancia en aquellos momentos.

La importancia estribaba en la falta absoluta de ventanas en el sótano, que hacía imposible su fuga. Sólo había una puerta y, como comprobó a poco, la cerradura quedaba por la parte exterior.

Pasaron algunos minutos. De pronto, alguien encendió la luz por la parte de afuera.

Farhis no cometió la imprudencia de situarse al otro lado de la puerta, como había hecho el sicario de Mac Veran. Saltó tras un cajón de buen tamaño y se agazapó en el acto.

La puerta se abrió. Una voz dijo:

—Bueno, chicos, que no os juegue una mala pasada esta vez. A ver si recordáis la lección.

—Está bien, Simón, descuida —contestó Owie.

Kuttara lanzó de pronto un rugido:

—¡No está!

Alguien pateó la puerta con violencia.

—Ahora saldrá —dijo Simón Rotke.

Owie dio un salto y pasó al otro lado. Hizo girar la puerta y vio que aquel lugar estaba vacío.

—Pero ¿dónde diablos se ha podido meter? —exclamó.

Simón sacó una pistola.

—Hay demasiados trastos y cajones —rezongó—. Buscaremos cada uno por un lado.

Paso a paso avanzó hacia el cajón tras el que se hallaba Farhis. De súbito, el cajón salió proyectado hacia adelante con tremenda violencia.

Se oyó un fuerte estrépito, seguido de un agudo grito. Simón cayó con los pies por alto.

La pistola se escapó de sus dedos. Farhis saltó hacia el arma, la agarró y apuntó con ella a los otros pandilleros.

La acción, tan rápida, les había sorprendido por completo. Owie y Kuttara alzaron las manos a un tiempo.

Simón hizo un esfuerzo y lanzó el cajón a un lado. Luego se puso en pie.

—No me sigan —dijo Farhis—. Voy a salir. Al primero que trate de impedírmelo, le meteré un balazo en las tripas.

Retrocedió paso a paso y alcanzó la puerta. Al llegar al umbral, oyó ruido tras él.

Volvióse un instante. Mac Veran bajaba por la escalera y se quedó petrificado al verlo libre y armado.

—Vamos, baje —sonrió Farhis—. También hay para usted.

Mac Veran lanzó una gruesa interjección a media voz, pero, prudente, alzó las manos de inmediato.

—Se está convirtiendo en una plaga para mí y yo tengo medios

para exterminar las plagas —masculló.

Farhis lo agarró por un hombro y le empujó hacia adentro.

—Su insecticida es inofensivo —dijo mordazmente, a la vez que levantaba el pie derecho y empujaba a fondo.

Mac Veran trastabilló y cayó al suelo. Segundos después, se oyó un seco portazo.

Farhis hizo saltar la llave en la palma de la mano.

—Espero que tenga otra de repuesto —comentó para sí, con la sonrisa en los labios.

Pero el buen humor se le pasó pronto. La partida en que se había empeñado era mucho más peligrosa de lo que había supuesto en un principio.

—Y como no ande listo, me costará el pellejo —resumió así sus poco animosas meditaciones.

Sonó el timbre del teléfono. Una mano levantó el aparato.

—¿Señor Ames?

—Sí, yo mismo. ¿Con quién hablo?

Farrington Ames era un hombre de unos cuarenta años, alto, elegante, de porte distinguido y con una de las más sólidas posiciones sociales de Jaffersville. Estaba casado con una mujer encantadora y el matrimonio pasaba por ser una de las parejas mejor avenidas de la ciudad.

Ames oyó una risa baja, de tonos siniestros.

—Usted no me conoce ni me interesa tampoco que me conozca —dijo el desconocido—. Pero debe saber que estoy enterado de las supuestas reuniones de negocios que tienen lugar, todos los penúltimos jueves de cada mes, y en las que, al parecer, se planean las operaciones comerciales del mes siguiente. Sin embargo, no hay tal reunión de negocios y sí una congregación de varios prominentes individuos con Jaffersville con unas cuantas damas de buen ver, reuniones que, por cierto, no tienen el menor carácter benéfico. ¿Me equivoco?

Ames se puso pálido.

—Pero ¿quién diablos...?

El desconocido se echó a reír de nuevo.

—Es cierto, ¿no? Ames, y usted y sus amigos, tan listos en los negocios, son tremendamente torpes en otros sentidos. ¿No sabía que una cámara poco discreta tomaba fotografías de todos ustedes,

bien acompañados y en posturas nada edificantes?

—Estoy viendo que quiere usted dinero —dijo Ames.

—Sí.

—¿Cuánto?

—Cien mil.

—Pagaré —dijo Ames resueltamente—. Dígame dónde y cómo.

—Dentro de tíos días, junto al surtidor del lado sur del West Park. A las once y media de la noche. Es un sitio que siempre está desierto a esas horas.

—Bien, tendrá el dinero. ¿Cómo sabré yo que usted cumplirá su parte de este pacto?

—Cuando llegue al lugar señalado, deje el maletín con el dinero. Retírese y vuelva treinta minutos más tarde. Encontrará el maletín vacío. Dentro estarán las fotografías y los negativos.

—De acuerdo. —Ames apretó los dientes—. Voy a decirle una cosa, señor desconocido. Cumpla usted lo que promete, porque, de lo contrario, le buscaré aunque se esconda en el fondo de la Tierra y le arrancaré la cabeza del cuerpo con mis propias manos.

—No tema —rió el desconocido—. Deje usted los cien mil dólares y tendrá fotografías y negativos.

—Muy bien. Una última pregunta, por favor.

—Diga, Ames.

—¿Cómo sabré yo que están todas las fotografías o que no se ha quedado usted con algún duplicado?

—Es una pregunta muy puesta en razón, pero tiene su respuesta. A mi manera, soy honrado. Si usted paga, tendrá fotografías y negativos, sin que nadie se quede con otros negativos o ejemplares duplicados. De eso puede estar seguro. ¿Satisfecho, Ames?

—Sí. Me gustaría darle las gracias, pero sólo deseo que le pase un autobús por encima del cuerpo.

—Al menos, que haya recobrado usted lo que tanto le compromete, ¿no? —rió el desconocido.

Y colgó, dejando a un hombre sumido en la furia y la desesperación, pero sabiendo al mismo tiempo que no podía hacer otra cosa que lo que le había ordenado el desconocido chantajista.

CAPÍTULO VI

—He encontrado los anónimos, señor Farhis —anunció Charlotte Evans, apenas abrió la puerta a la llamada del investigador.

Farhis hizo un gesto de aprobación.

—Se puede hablar de buena suerte —dijo—. ¿Quiere enseñármelos, por favor?

—Sí, los guardo en el despacho. Venga conmigo.

Farhis siguió a la muchacha. Una vez en el despacho, Charlotte abrió un cajón y sacó dos papeles que tendió a su visitante.

El investigador permaneció en silencio unos minutos, mientras leía los anónimos con toda atención.

—Habrá que entregarlos a la policía —dijo—. Ellos disponen de mejores medios que yo.

—Sí, señor Farhis.

—¿Dónde los encontró?

—En uno de los cajones de un armario ropero. Ella debió dejarlos allí de un modo maquinal. Opino que no debió de darles mucha importancia.

Farhis hizo un gesto con la cabeza.

—La policía no sacará gran cosa, sospecho yo —dijo—. Los anónimos están escritos a base de letras recortadas de periódicos y revistas y luego pegadas sobre una hoja de papel. Seguramente, el autor, para mayor precaución, trabajó con guantes, de modo que en estos papeles no hallarán otras huellas dactilares que las suyas y las mías.

—Eso es cierto —suspiró Charlotte—. Pero ¿se ha fijado en el contenido de los anónimos?

—Sí, la amenazan de muerte si no cierra su agencia. Eso indica que hay o había alguien que se creía perjudicado por las actividades de tal agencia.

—Exactamente —confirmó la muchacha—. Lo cual significa que

el autor de los anónimos también tenía muchas cosas que ocultar.

—Eso es verdad —contestó Farhis meditabundamente—. Pero si no disponemos de los archivos...

—No he dado con ellos —declaró Charlotte—. Sólo me falta levantar el suelo de la casa y del jardín.

—Es una lástima. Con esos famosos archivos, tendríamos nombres, de alguno de los cuales podríamos obtener, por eliminación, sustanciosas declaraciones. Pero ¿dónde diablos estarán?

Charlotte se encogió de hombros con aire desanimado.

—Lo siento, señor Farhis.

Hubo un momento de silencio. Luego, el investigador reparó en una carpeta llena de papeles que había sobre la mesa.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Cartas sin importancia y también algunas facturas —respondió Charlotte.

Farhis abrió la carpeta y comprobó que, efectivamente, se trataba de cartas y facturas. Sin embargo, una de éstas llamó su atención.

—¡Hola! —dijo de pronto.

—¿Ha encontrado algo interesante? —preguntó Charlotte, muy intrigada por aquella exclamación.

Farhis le tendió la factura.

—Lea usted misma —comentó.

Y, de repente, obedeciendo a una súbita inspiración, se acercó a la chimenea y, arrodillándose en el suelo, empezó a hurgar entre sus cenizas.

—¿Qué está haciendo, señor Farhis? —preguntó la muchacha.

El investigador sonrió a la vez que sacaba dos alambres enrollados en espiral, de unos veinticinco centímetros de diámetro y de casi uno de largo.

—¿Sabe lo que es esto? —preguntó.

—No caigo —dijo ella.

—¿Ya no se acuerda usted de esas libretas cuyas hojas están sujetas por un alambre en espiral, lo que permite arrancarlas con facilidad cuando se estima necesario?

—¡Oh! —dijo Charlotte, al comprender el sentido de aquellas palabras.

Farhis dejó las espirales sobre la mesa y luego sacó un pañuelo para limpiarse las manos.

—Eso explica muchas cosas —manifestó—. Ahí, en las manos, tiene usted una factura por una microcámara, que fue comprada hace cuatro o cinco semanas. Sheree tenía sus anotaciones registradas en dos libretas del tipo ya expresado. Por las razones que fueran, juzgó prudente fotografiar las páginas de ambas libretas, las cuales quemó después en la chimenea. Naturalmente, las espirales de alambre que sirven para la encuadernación, resistieron el fuego.

—Sí, ya entiendo.

—En cuyo caso, su labor consistirá, a partir de ahora, en encontrar unos cuantos rollos de negativo de microcámara. Ésos son los archivos de su madrina.

Charlotte se mordió el labio inferior.

—Me parece mentira que una mujer que tan bien se había portado conmigo se dedicase a tan bajos menesteres —dijo desanimadamente.

Farhis le puso una mano sobre el brazo.

—Trate de olvidar lo malo que hizo y piense sólo en su lado bueno —aconsejó.

Ella le dirigió una triste sonrisa.

—Será difícil, aunque lo intentaré —contestó—. Por cierto, ¿no le he invitado aún a tomar nada?

—No, pero aceptaré con mucho gusto una taza de café.

—Me defrauda usted, señor Farhis —dijo Charlotte, algo más animada.

—¿Por qué dice eso, señorita Evans?

—Yo esperaba que me pidiese un doble de escocés o algo por el estilo y sólo quiere café.

Farhis se echó a reír.

—A veces, no crea, resulta necesario, aunque por fortuna, no en estos momentos —contestó—. Pero prepáreme esa taza de café y mientras la tomamos, le contaré muchas cosas interesantes.

La puerta se abrió. Envuelto el cuerpo en una bata de gasas azuladas, de un tejido nada opaco, Marjorie Weist miró sonriente al hombre que aguardaba en el umbral.

—Entre, señor Farhis —invitó.

—¿Ya se ha olvidado de mi nombre, Marjorie? —dijo él.

—El saludo ha sido un tanto rutinario. Perdóneme, Kim.
Marjorie le indicó un diván.

—¿Qué prefiere para beber? —contestó.

—Me gustan las sorpresas, Marjorie.

Ella rió suavemente.

—Prepararé dos de escocés con un cubito de hielo —dijo.

—Estupendo —aprobó Farhis.

Marjorie se movió con facilidad por la sala. Momentos después, volvió junto a Farhis con sendos vasos en las manos.

Farhis levantó el suyo.

—Por la mejor invitación que he recibido en muchos años —dijo.

—Gracias, Kim —contestó ella, con un pestañeo incitante.

Bebieron. Luego, Marjorie preguntó:

—Kim, ¿cómo se interesaba tanto por Hanna Guinlan?

—Soy investigador privado. Me han encargado unas pesquisas y creí que podría obtener informes en el Golden Circle, aunque no especialmente de Hanna.

—Entiendo, Kim.

—Si bien es preciso admitir que ella se brindó voluntariamente para darme esos informes —añadió Farhis.

—Acerca de alguna persona, supongo.

—Sí. Se llamaba Sheree Egan.

Marjorie hizo un leve gesto de asentimiento.

—La recuerdo —manifestó—. Venía con alguna frecuencia.

—¿Sola o acompañada?

—La última vez vino con un tipo llamado Larry Langborne.

Farhis sacó una libreta de notas.

—¿Puede darme algún dato de Langborne, Marjorie?

—Claro —accedió ella sin más remilgos.

Farhis guardó la libreta momentos después.

—Gracias, Marjorie —sonrió.

—Kim, ¿qué le dijo Hanna? —preguntó ella.

—No tuvo mucho tiempo. Quedamos citados para el día siguiente, pero cuando acudí a la cita, ella ya había volado.

—Entiendo. Lo siento por usted y sus pesquisas, Kim.

—No se preocupe. En éste, y en todos los demás aspectos, usted

suple con ventaja a Hanna.

Ella se echó a reír.

—¿A qué aspectos se refiere, Kim?

Farhis enlazó su talle con los brazos y la atrajo hacia sí.

—Deja que te lo explique prácticamente —pidió, a la vez que buscaba con avidez aquellos rojos labios que se le rendían sin lucha.

Farhis vertió más *whisky* en los vasos y luego puso sendos cubitos de hielo. Marjorie permanecía en el diván, reclinada en lánguida postura.

—¿Cuáles son tus relaciones con Mac Veran? —preguntó él de repente.

—¿Por qué lo dices, Kim? —quiso saber Marjorie.

—Tuvimos el otro día una agarrada, como consecuencia de mi visita a la casa de Hanna Guinlan.

—¿Qué estás diciendo? —se sorprendió la mujer.

Farhis le entregó un vaso. De pie, frente a ella, dijo:

—Cuando yo llegué a casa de Hanna, había dos tipos aguardándome, los cuales me anunciaron el inesperado viaje de Hanna. Además, quisieron zurrarme para que la olvidase.

—No lo puedo creer, Kim —aseguró Marjorie.

—Lo que te digo es como la Biblia. —Farhis tomó un trago y continuó—: Discutimos un poco y luego fue cuando decidí visitar el Golden Circle. Primero hablé contigo y, al salir de tu despacho, entré en el de Mac Veran.

—¿Qué pasó, Kim?

Farhis se echó a reír.

—Sucedio algo muy parecido a lo de las películas de espías —contestó—. Una trampa se abrió bajo mis pies y caí a un sótano. Luego bajaron unos cuantos tipos, matones a sueldo de Mac, y volvimos a discutir. Mac Veran también bajó a recibir su parte. Luego me marché.

—Kim, te aseguro que no entiendo nada de lo que sucede —dijo Marjorie.

—Pues es evidente que algo sucede y, por supuesto, relacionado con la muerte de Sheree Egan. Y si no, ¿por qué ese interés de Mac Veran en hacerme olvidar el caso?

—No puedo decirte nada, Kim, salvo una cosa. Si averiguo algo,

te llamaré inmediatamente.

—Gracias, Marjorie. Pero todavía no has contestado a mi pregunta.

—¿Te refieres a mis relaciones con Mac Veran?

—Sí.

Ella hizo un gesto con la cabeza.

—Son puramente comerciales —contestó—. El es el dueño y yo una empleada.

—De categoría —sonrió Farhis.

—Bien, no quisiera pecar de inmodestia, pero una mujer de mis características siempre da prestigio al local y atrae a los clientes. No es que yo vaya de mesa en mesa, incitando a la gente a beber; aparte de dirigir el negocio, desempeño una especie de papel de relaciones públicas con los clientes distinguidos, proveedores y demás, ¿comprendes?

—Sí, Marjorie.

—Mac Veran es el dueño y en lo referente al negocio, me deja libertad absoluta. Pero de sus otros negocios yo no tengo la menor participación y, lo que es más, me son desconocidos por completo.

—Me parece muy bien, —aprobó Farhis.

—Por supuesto, no soy tonta y sospecho que algunos de los negocios de Mac Veran no tienen nada de legales, pero lo que sucede en Golden Circle, del cual yo soy responsable, está completamente dentro de la ley. No permitiría nada turbio, ¿me comprendes?

Farhis dejó el vaso sobre la mesa y alargó una mano. Tiró de Marjorie y la hizo ponerse en pie, acercándola a su cuerpo.

—Deja que premie como se merecen estas declaraciones tan interesantes —propuso.

—Con mucho gusto —accedió ella, a la vez que enroscaba sus brazos al cuello del investigador.

CAPÍTULO VII

Farrington Ames llegó al lugar señalado y miró a derecha e izquierda. La glorieta donde se hallaba el surtidor estaba desierta en aquellos momentos.

En la mano tenía el maletín con cien mil dólares. En uno de los bolsillos, llevaba un pequeño revólver.

Tras muchas reflexiones, Ames había llegado a la conclusión de que un chantajista no acaba nunca de extorsionar a su víctima. El, aunque con grandes esfuerzos, podía desprenderse ahora de cien mil dólares. Pero si recibía otra petición en tal sentido, ya no podría acceder a las exigencias del chantajista.

Por dicha razón, había resuelto acabar de una vez con el problema. Tras inclinarse para dejar el maletín junto al bordillo exterior del surtidor, se dispuso a buscar un lugar adecuado donde esconderse hasta que viese aparecer al chantajista.

Be pronto, oyó pasos. Un hombre apareció ante sus ojos.

El recién llegado se detuvo.

—Hola, Ames —saludó.

—¿Qué diablos haces aquí, Morris? —preguntó Ames.

—¿Has traído el maletín?

—¿Qué estás diciendo? —La luz se hizo repentinamente en el cerebro de Ames—. De modo que eres tú el miserable que...

—Ames, me parece que te equivocas —manifestó Mac Ney Morris—. No soy un chantajista. Al contrario, también he recibido amenazas de extorsión, tú sabes bien por qué.

—Sí, lo sé, pero no comprendo tu presencia en estos lugares, Morris.

Morris lanzó un suspiro.

—Es bien sencillo —contestó—. Me han pedido cien mil dólares y yo no puedo disponer de esa suma ni de lejos.

—Pues si vienes a pedirme a mí el dinero...

—A ti, precisamente, he venido a pedírtelo, Ames. ¿Dónde lo tienes?

Ames dio un paso hacia atrás.

—Olvídate de mí —dijo roncamente—. Éste es un problema que cada uno ha de resolver por sus propios medios.

Morris sacó una pistola.

—Tú lo has dicho, Ames —contestó.

Y apretó el gatillo tres veces.

Ames lanzó un gruñido. Luego giró sobre sí mismo y cayó de bruces sobre el surtidor. Medio cuerpo quedó dentro del pequeño estanque que recogía las aguas que brotaban verticalmente de la fuente superior.

Morris se pasó el dorso de la mano por los labios.

—Lo siento, Ames, pero no me quedaba otro remedio —murmuró.

Se inclinó hacia el maletín. A su izquierda brilló un silencioso fogonazo.

Morris sintió como si una cuchilla invisible le partiese por la mitad. Abrió la boca para gritar, pero no pudo emitir el menor sonido.

Permaneció unos momentos inclinado, con la mano en el costado izquierdo, por donde había penetrado el proyectil. Vino una segunda bala, le alcanzó en la sien y lo empujó al otro lado, dejándolo exánime a los pies de su víctima.

Una sombra se destacó de la oscuridad cercana. El individuo, que llevaba abrigo y sombrero negros, se acercó al surtidor y asió el maletín.

Una sonrisa de satisfacción apareció en sus labios. Con paso mesurado, abandonó la glorieta.

Llevaba gafas de color y se las quitó fuera del parque. Su cara era muy blanca, pero quedaba en sombra debido al ala del sombrero.

—¿Ha leído la noticia, Kim? —preguntó Charlotte.

—¿Se refiere a los dos muertos hallados anoche en West Park?

—Sí, justamente.

—La he leído, en efecto, y me parece un doble asesinato muy extraño —comentó Farhis.

—Lo mismo opino yo, con el aditamento de que hace unos días

ocurrió algo muy parecido.

—¿Qué quieres decir, Charlotte?

—Verá, hace cuestión de una semana, aproximadamente, aparecieron dos hombres muertos a balazos.

Ambos, como los que murieron ayer, eran personas de cierto relieve en Jaffersville.

—Sí, Charlotte recuerdo el suceso.

—Bien, Kim, yo empiezo a forjarme una hipótesis.

—Exprésela, se lo ruego.

—Sheree murió. Sus archivos no han aparecido. El asesino se los llevó sin duda alguna.

—Es muy probable, en efecto —admitió Farhis.

—Si el asesino de Sheree se llevó los archivos, ¿no cree que está utilizando sus conocimientos para cometer más crímenes?

—Es probable, aunque, ¿con qué motivos?

Charlotte se encogió de hombros.

—Lo siento, Kim —respondió—. Mi inteligencia no da más de sí.

Farhis sonrió comprensivamente.

—Me agrada la humildad de quien sabe reconocer sus limitaciones, pero usted ha lanzado una teoría que muy bien pudiera convertirse en verdad demostrable. A mí, francamente, no se me hubiera ocurrido.

—Yo he pensado mucho en este asunto y he leído los periódicos desde el primer día de mi llegada a Jaffersville. A los dos días, se cometió ya un crimen. Murió un tal Ben Tibbs, también persona de relieve en la ciudad.

—Lo recuerdo —dijo él pensativamente—. Pero ¿qué misterio encierran todas estas muertes?

Charlotte hizo un gesto con la cabeza.

—Kim, yo sólo le puedo decir una cosa —declaró—. La ciudad estaba tranquila hasta que murió Sheree.

—Sí, es cierto —admitió Farhis.

—Bien, parece como si la muerte de mi madrina hubiese desencadenado una ola de crímenes. Lo que ella hacía no era honesto y da la sensación de que su muerte levantó la tapa de un pastel de exquisita apariencia, pero rebosante de podredumbre y corrupción en su interior.

Farhis asintió pensativamente.

—Una expresión sumamente acertada de este asunto —calificó—. La tapa del pastel, apetitoso por fuera, pero hediendo a muerte en su interior.

—Eso es lo que he querido decir, Kim.

—Sí, Charlotte. Sheree era la tapa del pastel y al morir fue levantada. La masa corrompida quedó al descubierto y estaba compuesta por Tibbs, Pendleton, Mews, Morris, Ames y... ¿cuántos más, Charlotte?

La muchacha se encogió de hombros.

—Solos los archivos de Sheree podrían decirnos la totalidad de las personas implicadas en este turbio asunto —contestó.

—Y, me parece —suspiró Farhis—, que esos archivos no aparecerán ya más.

—He oído hablar de usted, Long —dijo Mac Veran—. Tiene fama de ejecutar puntualmente sus contratos.

—No fallo nunca —contestó Glenn Long con acento natural.

Era un hombre de regular estatura, delgado, facciones limpias de color y ojos inexpresivos. Vestía discretamente, con ropas oscuras, y habría podido pasar como un oficinista sin aspiraciones.

Pero en realidad, era un despiadado asesino profesional.

Mataba por dinero, sin sentir compasión hacia su víctima, sin el menor remordimiento.

—¿Cuál es su precio, Long? —preguntó Mac Veran.

—Soy muy caro —respondió el asesino.

—¿Cuánto?

—Cinco mil.

—Sí, es un buen precio.

—Cuando uno paga por algo, quiere la garantía de que su dinero está bien empleado. En mi caso, los cinco mil dólares no serán dinero tirado a la alcantarilla.

Mac Veran se resignó.

«O pago a Long o perderé mucho más», pensó.

—Hecho —accedió.

—La mitad ahora. El resto, cuando haya cumplido el contrato —expresó el asesino—. Billetes, nada de cheques, desde luego.

—Por supuesto.

Mac Veran se levantó y se acercó a la pared. Había allí un cuadro que ocultaba una caja de caudales empotrada en el muro.

Momentos después, entregaba el dinero a Long. El asesino contó los billetes y, satisfecho, los guardó en el bolsillo posterior del pantalón.

—¿Quién es el tipo? —preguntó.

Mac Veran hizo una señal con la mano.

—Acérquese —indicó.

Mac Veran se separó un poco de aquella pared, acercándose a otra que formaba ángulo recto con la primera. Había allí otro cuadro, pero, en lugar de hacerlo girar, lo deslizó a un lado, dejando al descubierto una ranura de unos cinco centímetros de anchura por treinta de longitud.

Oteó un poco el panorama de la sala y luego se separó de la mirilla.

—Está en la barra, junto a aquella rubia que lleva desnuda la espalda —señaló.

Long estudió durante unos momentos la figura de Farhis. Luego dijo:

—De acuerdo. ¿Cómo se llama él?

—Kim Farhis. Investigador privado.

—Fisgón, ¿eh?

—Demasiado —admitió Mac Veran con un gruñido.

—Bien, ¿qué hay de la rubia?

—Olvídala, Long; ésa no tiene nada que ver con el asunto.

—Muy bien, usted paga.

Mac Veran lanzó una penetrante mirada a su interlocutor.

—¿Cuándo, Long? —preguntó.

—Es muy probable que mañana venga a cobrar el resto del dinero —respondió el asesino fríamente.

—La cosa no parece demasiado animada hoy —observó Farhis.

—Hay días, claro —sonrió Marjorie—. No siempre es sábado, Kim.

—Desde luego. He visto a los gorilas del dueño.

—Están muy mansos. Cualquiera diría que anda por ahí Orfeo con su lira —comentó ella maliciosamente.

—A esa clase de fieras no las amansaría Orfeo con su música. La única que conocen es la fuerza bruta.

—Eso es cierto, Kim.

—Marjorie, ¿por qué aceptaste este empleo? —preguntó él de

pronto.

—¿Qué le encuentras de malo, Kim?

—Teóricamente, nada. Pero en la práctica...

Ella alargó la mano hacia la copa que tenía en el mostrador.

—Tú te refieres a Mac, ¿no es cierto?

—Sí.

—Bien, los negocios de Mac no se pueden calificar de limpios, precisamente, pero ¿cuántas mecanógrafas y secretarias no hay empleadas en empresas y oficinas, cuyos dueños realizan negocios no menos turbios que los de Mac Veran? Y, sin embargo, la rectitud y honestidad de esas empleadas no se puede poner en duda.

Farhis sonrió.

—Tu argumento es irrefutable —dijo—. Te presento mis excusas.

—Y yo las acepto, pero no aquí, sino en mi departamento —invitó Marjorie, a la vez que le dirigía una intensa mirada.

—¿Has terminado ya tu trabajo de hoy?

—Hace rato, Kim. Si me esperas unos minutos, recogeré mi abrigo y mi bolso.

—Aquí estaré, Marjorie.

La joven se apeó del taburete y se alejó hacia las cortinas, tras las cuales desapareció a poco. Farhis meneó la cabeza, mientras la comparaba mentalmente con Charlotte Evans.

Eran dos tipos totalmente diferentes. De Marjorie no se podía decir que no fuese apasionada, lo que no excluía cálculo y frialdad en el momento preciso.

En cambio, ¿qué podía decir de Charlotte?

—Bueno, es una muchacha muy hermosa y atractiva —murmuró.

Pero ya salía Marjorie y juntos se dirigieron hacia la puerta del local.

Subieron al coche de ella, un descapotable blanco último modelo. Marjorie se sentó tras el volante y dio el contacto.

El vehículo arrancó de pronto. Marjorie guiaba segura, aunque con cierta prudencia.

Cruzaron la ciudad y entraron en el barrio residencial donde vivía ella, desierto a altas horas de la madrugada. De súbito, un coche negro se situó junto al descapotable.

Los dos vehículos rodaron paralelamente durante unos segundos. Extrañado de la maniobra, Farhis volvió la cabeza y entonces divisó al conductor del otro automóvil, con una pistola automática en la mano que le apuntaba directamente a la cabeza.

CAPÍTULO VIII

El silenciador del arma ahogó el estampido. La bala silbó por encima de los hombros de Farhis, quien, una fracción de segundo antes, se había inclinado, a la vez que lanzaba un grito de advertencia.

Marjorie sintió el viento de la bala en su frente. Volvió la cabeza, alarmada, y vio al asesino con la pistola en la mano.

Instintivamente, Marjorie apretó el pie sobre el pedal de gas. En el mismo momento, la mano de Farhis agarraba el volante y lo hacía girar hacia la derecha.

La imprevista maniobra del investigador cogió a Long por sorpresa.

El coche blanco golpeó al otro con la aleta delantera derecha. Se oyó ruido de metales abollados.

Long perdió mós segundos el control de su automóvil. El impacto recibido hizo girar las ruedas directrices y el vehículo, que rodaba en aquellos momentos a unos setenta kilómetros por hora, se subió a la acera.

El asesino intentó frenar desesperadamente, pero ya era tarde. Se oyó un ruido terrible cuando el morro del vehículo se estrelló contra la pared de una casa.

—¡Para, Marjorie! —gritó Farhis.

El coche blanco se detuvo casi en el acto. Farhis saltó fuera antes de que se hubiera parado del todo y corrió hacia el otro automóvil.

Long salía en aquel momento del vehículo. Vio a Farhis echársele encima y en el mismo momento, recordó que había perdido el arma en el instante del choque.

Le entró miedo. Giró en redondo y se lanzó a la carrera hacia adelante. Farhis lanzó un gruñido de cólera.

—Quieto, condenado.

Pero el otro no le hizo caso y siguió corriendo. Alcanzó una

esquina y se dispuso a cruzar a la siguiente calle en sentido oblicuo.

En el mismo momento, se vio el resplandor de unos faros. Long trató de detenerse.

Era ya tarde. Un coche se le echó encima, lo alcanzó de lleno y lo despidió a gran distancia. Long voló unos cuantos metros en el aire, como un pelele, antes de estrellarse literalmente contra un farol cercano.

Se oyó un ruido horrendo, el de unos huesos al quebrarse. El cuerpo de Long quedó lacio, desmadejado, manchando de sangre la acera.

Marjorie corrió hacia Farhis.

—¡Kim! ¿Estás bien? —preguntó.

Farhis hizo un signo de asentimiento.

—Por suerte —contestó.

—Ese hombre disparó contra nosotros...

—Te equivocas. Disparó contra mí.

El conductor causante del atropello se acercó a ellos, manoteando excitadamente.

—Ustedes lo vieron —dijo, con palabras apenas inteligibles—. Ese hombre me salió de repente al paso. La culpa fue suya; yo no tenía ya tiempo de frenar...

Una sirena se oyó a lo lejos.

—Descuide, amigo —manifestó Farhis, tratando de calmar al asustado conductor—. Nosotros declararemos exactamente lo que pasó, ¿no es cierto, Marjorie?

—Así lo diremos —contestó la mujer.

—La compañía era muy agradable, pero el atropello le estropeó la velada, ¿eh?

Farhis aceptó la taza de café que le tendía la muchacha.

—Le ruego no piense mal de mí, Charlotte —rogó—. Si estaba con Marjorie Weist era debido a exigencias de mi trabajo.

—¿Incluye su trabajo la compañía de mujeres jóvenes y hermosas?

—Menos cuando estoy con usted, que es vieja y horriblemente fea.

—Oh —dijo Charlotte, muy encarnada—. Eso me parece una grosería, Kim.

—Se está enojando por nada. ¿Ya no se acuerda de que Sheree

iba al Golden Circle con alguna frecuencia? ¿Es qué no le he dicho más de una vez que Marjorie Weist es el gerente?

—Todo eso me parece muy sospechoso, Kim, qué quiere que le diga.

—Ya me lo está diciendo —sonrió él, mientras dejaba la taza vacía en la mesita—. Porque me parece sospechoso he ido al Golden Circle más de una vez. No puedo olvidar lo que me pasó días atrás ni lo que sucedió anoche. Admito que Marjorie es una mujer muy hermosa, pero, en este caso, se trata solamente de lo que diríamos una herramienta de trabajo.

—Que no le oiga ella —dijo Charlotte con sorna.

Farhis se encogió de hombros.

—Tómelo como guste —respondió él—. Usted me encargó investigar, por consejo de la difunta Sheree, y yo he aceptado a gusto, pero, que yo sepa, no hay compromisos entre usted y yo en otros terrenos en los cuales me considero absolutamente libre.

Charlotte enrojeció. La reprensión, cortés, diplomática, aparecía enérgicamente clara.

—No quise molestarle —se disculpó.

—Olvídalo —dijo Farhis—. Hay una cosa que parece segura: a Mac Veran le molesta que yo investigue. Ha tratado de disuadirme por todos los medios, incluido el asesinato. Es lógico suponer que él, esté mezclado en este caso.

—¿Está seguro de que aquel tipo quiso matarle?

—Absolutamente. Ha sido identificado como Glenn Long, asesino profesional. Además, se sabe que estuvo anoche en The Golden Circle, aunque Mac Veran lo niega rotundamente.

—Estaría en su despacho privado, supongo.

—Yo también lo creo así —convino Farhis—, y en ese caso, tuvo que verlo alguien, pero quienquiera que sea, ha callado, bien por órdenes de su jefe Mac Veran o bien por temor.

Charlotte hizo un gesto con la mano.

—La estancia en el despacho de Mac Veran no se puede ocultar tan fácilmente —dijo—. Debió de valerse de algún medio, para entrar sin ser reconocido.

—Un disfraz.

—Probablemente, Kim.

—Bien, ya lo averiguaré. ¿Ha continuado usted el registro de

toda la casa?

Charlotte abrió los brazos.

—Ya no sé ni dónde mirar, aunque sí puedo decirle que he encontrado algo que acaso resulte interesante.

—¿De qué se trata? —preguntó él.

—Un tal Mark Sphann. He consultado la guía de teléfonos y he obtenido su domicilio. Aquí tiene —dijo Charlotte, a la vez que le entregaba un trocito de papel, donde había unas palabras escritas.

—Quizá sea una pista, en efecto —convino Farhis pensativamente—. ¿Dónde encontró el nombre?

—Estaba en la mesilla del dormitorio de Sheree, escrito en un trocito de papel, que parecía arrancado de la hoja de una agenda. Mírelo —indicó ella, enseñándole el hallazgo.

—Sí, procede de una agenda. Quizá fue una hoja que ella rompió deliberadamente y ese pedazo de papel cayó allí sin darse cuenta. Bueno, veré a ver quién es ese tal Sphann. Ya la llamaré cuando sepa algo.

—Gracias, Kim. ¿No quiere más café?

Farhis hizo un signo negativo y se dirigió hacia la puerta.

—No deje de llamarme en cuanto sepa algo, Kim —pidió la joven.

—Lo tendré en cuenta. Adiós, Charlotte.

Al llegar a la calle, Farhis se detuvo unos momentos en actitud pensativa, como si meditase acerca de lo que debía hacer. Después de algunos segundos, subió a su coche y arrancó rápidamente en dirección a determinada residencia.

Tres hombres salieron de la elegante mansión situada en uno de los mejores barrios residenciales de Jaffersville. Farhis los reconoció en el acto: eran Owie, Kuttara y Simón Rotke. Subieron a un automóvil y se alejaron sin percatarse de la vigilancia de que habían sido objeto.

Prudentemente, Farhis dejó pasar algunos minutos. Luego abandonó su coche y cruzó la calle.

Atravesó el jardín, pero, en lugar de caminar por el sendero central, dio un rodeo, acercándose luego a la casa muy oblicuamente. Llegó ante la puerta y llamó.

Una mirilla se descorrió y un par de ojos le escudaron desconfiadamente.

—¿Qué desea? —preguntó el tipo.

—Quiero ver al señor Mac Veran. Vengo de parte de Tom, *el Orejas*.

—Espere —dijo el esbirro secamente.

Tom, *el Orejas*, no era sino una invención de Farhis. El investigador suponía que su propio nombre sólo serviría para rechazarle contundentemente. De otro modo, confiaba en picar la curiosidad de Mac Veran.

La puerta empezó a abrirse.

—Ricky, no conozco a ese Orejas, pero, por si acaso, será mejor que estés al tanto.

—Bien, jefe.

Ricky Gartner abrió del todo y movió el pulgar izquierdo.

—Pase —dijo secamente.

Farhis cruzó el umbral. Delante de él, a cuatro o cinco pasos, de distancia, estaba Mac Veran.

—Ya me lo figuraba —dijo el dueño de The Golden Circle—. Jamás he oído hablar de Tom, *el Orejas*.

—Era un apodo que me daban a mí de pequeño —manifestó el investigador amablemente.

Mac Veran hizo un gesto con la mano.

—Ricky, expúlsalo —ordenó.

—Bien, jefe.

Una pesada mano se apoyó en el hombro izquierdo de Farhis.

—Largo —dijo Gartner.

Farhis permaneció un segundo inmóvil. Delante de él, Mac Veran le miraba, con una ligera sonrisa de burla en los labios.

De súbito, Farhis levantó la mano derecha y agarró el dedo medio de Gartner, haciendo un seco movimiento de torsión. Se oyó un fuerte chasquido y después un rugido de Gartner.

Farhis giró hacia su izquierda y avanzó a fondo el puño de aquel lado, alcanzando de lleno el estómago de Gartner. Luego disparó el otro puño. Gartner se desplomó sin sentido.

—He venido a hablar con usted, Mac Veran —dijo Farhis a continuación.

Mac Veran sacó un revólver.

—No tengo nada de qué hablar con usted —contestó.

El investigador no se inmutó. Avanzó unos cuantos pasos y se

detuvo cuando el cañón del arma tocaba su pecho.

—Usted es un cobarde —apostrofó a Mac Veran—. ¿Cómo va a apretar el gatillo de ése revólver quien necesita pagar asesinos profesionales para deshacerse de las personas que le estorban?

CAPÍTULO IX

La mano de Mac Veran tembló ligeramente. Con perfecta sangre fría, Farhis apartó el arma a un lado. Luego, sin previo aviso, disparó de nuevo su puño.

Mac Veran emitió un gruñido y se derrumbó sobre un sillón cercano, aunque sin haber perdido por completo el conocimiento. Farhis se inclinó, recogió el arma y se la guardó en un bolsillo.

—He venido a hablar con usted, Mac —dijo.

Mac Veran se pasó la mano por los labios.

—No hay nada que hablar...

—Se equivoca. Glenn Long estuvo a punto de matarme anoche. Se sabe positivamente que visitó su local.

—Otros muchos lo hacen. Usted también ha ido —se defendió Mac Veran.

—Sí, pero yo no soy un asesino profesional. Y usted ha tratado de impedir siempre que yo investigue la muerte de Sheree Egan. ¿Por qué?

Mac Veran guardó silencio unos instantes.

—¿Por qué? —insistió el investigador.

—Eso es cuenta mía...

—Y mía también, porque usted me ha hecho pasar muy malos tragos. ¿A qué teme usted?

—Bueno... —Era evidente que Mac Veran vacilaba—. Tuve relaciones en tiempo con Sheree.

—¿Qué clase de relaciones?

—Digamos comerciales, Farhis.

—¿Sólo comerciales?

—Nada más. Hay otras mujeres hermosas y Sheree tenía un carácter muy difícil. Por eso rompimos.

—Eso significa que en tiempos fueron socios.

—Sí.

—¿Socios en su Agencia?

—Sí.

Farhis sonrió.

—Tengo la sensación de que su nombre figura en los desaparecidos archivos de la agencia.

—En efecto. Por eso no quería que usted investigase el asunto.

—Usted es idiota, Mac Veran. Imagínese que me suprime. ¿Es que la policía de Jaffersville no investiga por otro lado?

—Sí, pero a ellos no les tengo tanto miedo como a usted.

—De modo que me tiene miedo, ¿eh?

—Bueno, era sólo una expresión...

—Lo que quiere decir es que no le conviene que yo investigue.

—¿Ahora lo adivina? —preguntó Mac Veran en son de burla.

Farhis no hizo caso de aquellas palabras.

—Mac, ¿había algo más en la agencia de Sheree? Quiero decir si trataban otros negocios que los de poner en relación a un hombre con una mujer o viceversa.

Mac Veran apretó los labios.

—No contestaré —dijo.

—Claro, claro; le comprometería —rió Farhis—. Está bien; ha sido una conversación muy instructiva. Seguiré investigando —advirtió—; y si ha hecho algo malo, abandone la ciudad antes de que sea demasiado tarde.

Dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta. Gartner se sentaba en aquellos momentos y Farhis lo tumbó de nuevo con un seco rodillazo en la mandíbula.

En la puerta, Farhis vació el tambor de balas y dejó caer el arma y los proyectiles al suelo.

—Las pistolas siempre me han dado mucho miedo —dijo irónicamente.

Transcurrieron dos días.

Farhis los dejó pasar sin apenas hacer nada. Tenía que visitar a una persona y se hallaba ausente de la ciudad.

Al tercer día, tomó el coche y se encaminó a un edificio comercial, situado en uno de los puntos más céntricos. Minutos más tarde, entregaba una tarjeta de visita a una pizpireta secretaria.

—Deseo ver al señor Sphann —manifestó.

—Muy bien. —La chica leyó su nombre—. Le anunciaré

inmediatamente, señor Farhis.

—Gracias, guapa.

Momentos después, Farhis entraba en un lujoso despacho, tras cuya mesa se hallaba un individuo de rostro sanguíneo, casi calvo, de aspecto pomposo, vestido con elegante afectación. Mark Sphann se puso en pie al ver entrar a su visitante.

—Me han dicho que quería usted verme, señor Farhis —manifestó—. ¿Puedo conocer los motivos de su visita?

—En efecto, señor Sphann. Se refieren a sus relaciones con la agencia de Sheree Egan.

La cara de Sphann perdió súbitamente todo su color.

—Nunca he oído ese nombre —aseguró.

—Para negarlo no era necesario ponerse lívido —sonrió Farhis—. ¿Qué es lo que tiene usted que ocultar, señor Sphann?

—Nada, y será mejor que se vaya de aquí o...

—¿O qué?

Era evidente que Sphann estaba muy asustado.

—Vamos, siga —invitó Farhis.

—Ya está dicho todo —contestó Sphann roncamente—. No tuve nada que ver con aquella maldita trapacera...

—¿Y cómo sabe usted que Sheree era una trapacera?

Sphann se desconcertó de nuevo.

—Bueno —admitió a regañadientes—, tuve un pequeño lío amoroso, pero aquello se acabó ya.

—¿Se lo proporcionó Sheree?

—Nos conocimos en una fiesta que dio en su casa, eso es todo.

—Es decir, que la dama y usted asistieron a una fiesta que daba Sheree en su casa.

—Sí.

—¿Y eso fue todo?

—Nada más, se lo aseguro.

—Me gustaría que la dama me lo confirmase personalmente —declaró Farhis.

—No le diré su nombre. Comprenderá que no estoy dispuesto a que padezca su reputación.

Farhis se puso en pie.

—Algún día se levantará la tapa del pastel —dijo sonriendo—. Me parece que usted no lo va a pasar bien, señor Sphann. Buenos

días.

Sphann se quedó solo. Sacó un pañuelo y se enjugó el abundante sudor que cubría su frente.

Maldijo entre dientes. Unos minutos de diversión no pagaban los malos ratos que estaba pasando desde hacía semanas.

El timbre del teléfono al sonar repentinamente; le hizo saltar en su asiento. Agarró el aparato, pero se dio cuenta de que se había equivocado.

El teléfono que sonaba correspondía a la línea privada, que no pasaba por el antedespacho. Dejó uno y tomó el otro.

—Sphann —masculló.

—Hola, Mark —dijo una voz de tonos burlones—. ¿Cuándo está dispuesto a soltar cien mil dólares?

—Cien mil...

—Ni un centavo menos o alguien se enterará de su pequeño lío con una hermosa dama de, en apariencia, intachable reputación. ¿Me comprende, Sphann?

Hubo un momento de silencio.

—Le concedo veinticuatro horas para pensárselo, Sphann. Mañana le llamaré a esta misma hora. Entonces le daré instrucciones para la entrega de los cien mil dólares.

—¡No le daré ni un solo centavo! —rugió Sphann.

Sonó una risita sarcástica.

—Otros dijeron lo mismo y acabaron pagando. Hasta mañana, Sphann —se despidió el desconocido.

Farhis parpadeó al ver a aquel individuo que se disponía a entrar en una taberna situada casualmente en su camino. Era un hombre de regular estatura, delgado, de nariz ganchuda y con lentes de cerco metálico.

—Hola, Bill —saludó afablemente.

El sujeto volvió la cabeza con rapidez.

—Ho... hola, señor Farhis —dijo—. No me mire así, estoy «limpio», y ya no tengo nada que ver con la justicia.

—¿De veras? Hombre, no sabes cuánto me alegro. ¿Tomamos una copa para celebrarlo, Bill?

—De muy mala gana —rezongó Bill Harrison.

—Me gusta tu franqueza —rió Farhis, a la vez que lo empujaba hacia la taberna.

—A mí no me gusta que me vean bebiendo en compañía de un polizonte. Van a creer que soy un soplón.

—Lo primero no es cierto. Respecto a lo segundo, ya no es tan seguro, aunque a mí ahora no me importa en absoluto, Bill.

Entraron en la taberna y se acercaron al mostrador. Farhis pidió dos *whiskys* y levantó su vaso cuando se lo hubieron servido.

—Por un antiguo amigo —dijo.

—Yo nunca fui amigo suyo —masculló Harrison—. Antes he creído oír que ya no es de la policía.

—En efecto. Lo dejé hace años, como tú abandonaste aquellas aficiones pictóricas que dieron origen a tu apodo de El Goya.

Harrison torció el gesto.

—No me lo recuerde —masculló—. La única vez que lo hice y me pescaron casi con las manos en la masa.

—Pero no te lo pudieron probar.

—A medias, señor Farhis. Si no, ¿por qué se cree que he estado dos años preso?

Farhis entornó los ojos.

—Todavía estaba yo en la policía y recuerdo el caso. ¿Hubo soplo, Bill?

—¡Qué listo es usted! —rió Harrison—. De otro modo, ¿cómo me habrían puesto la mano encima?

—¿Quién dio el soplo, Bill?

—Sheree Egan, no pudo ser otra. Le hice el trabajo y ella me pagó con la delatación. El día que me enteré que le habían pegado un tiro, me emborraché, créame.

Farhis frunció el ceño.

—¿Es posible que Sheree estuviese mezclada en un caso de falsificación? —dijo.

Harrison apuró su copa.

—Ya he hablado bastante —dijo evasivamente—. Adiós, señor Farhis.

—Un momento, Bill —exclamó el investigador—. En un asunto de esa clase, hay más de una persona implicada. ¿Quién o quiénes eran los otros?

—No lo sé.

Harrison mentía. Farhis estaba seguro de ello, pero la taberna era mal lugar para apretarle las clavijas.

—Te veré otro rato, Bill —se despidió.

Harrison contestó con un gruñido y se encaminó hacia la puerta de la taberna. Farhis quedó un momento en el mostrador, reflexionando sobre lo que acababa de escuchar.

Desde su puesto y a través de la ventana, podía ver la calle perfectamente. Harrison cruzó la puerta y se detuvo un instante para encender un cigarrillo.

Había un automóvil parado a corta distancia. El vehículo arrancó de pronto.

Una mano enguantada se tendió, armada con una pistola de largo cañón. Farhis lo vio y lanzó un agudo pero inútil grito de advertencia.

El arma escupió rápidamente varias silenciosas llamaradas. La cara de Harrison sufrió una horrible transformación al sentir en su cuerpo el dolor de los impactos. Dio varios traspiés, braceó frenéticamente y acabó por derrumbarse en plena acera, ante el espanto de los transeúntes, que gritaban estruendosamente.

El coche aceleró y se alejó a toda velocidad. Lo único que Farhis pudo ver fueron unas gafas negras, y grandes, debajo de un sombrero oscuro, y una cara muy blanca.

Instantes después, el asesino había desaparecido.

Un reguero de color rojo corría por la acera y desaparecía en un cercano imbornal de alcantarilla.

CAPÍTULO X

—No hay duda, Charlotte, Sheree estaba mezclada en asuntos muy turbios. Incluyendo el de falsificación de moneda.

Charlotte estaba sentada en el borde del diván, con la cara muy pálida.

—No lo puedo creer —dijo.

—Ya no hay duda al respecto, aunque carezcamos de pruebas. De un modo u otro, Mac Veran y ella fueron socios. Rompieron por razones que desconocemos, pero, muy probablemente, basadas en el reparto de beneficios. Y si Bill Harrison fue a parar a la cárcel, se debió seguramente, al soplo que dio Sheree a la policía.

—Pero, Kim, eso hubiera significado comprometerse a sí misma, ¿no le parece?

—Cuando lo hizo, es que estaba segura de que no le pasaría nada. En cambio, Bill Harrison ya estaba fichado por sus «aficiones». Le llamaban el Goya y, ciertamente, era un artista.

—Que se dedicó a falsificar dinero.

—Sí. Y por eso ha muerto, Charlotte.

—Pero no entiendo...

—Bill acababa de salir de la cárcel. A mí me dijo algunas cosas, pero no quiso ser del todo claro. Me dio la sensación de que mentía cuando dijo que ya no sabía más. Yo le dejé ir, pensando hablar con él otro día, en un lugar más discreto, donde podría apretarle más que en la taberna. Cuando salió, le metieron cuatro tiros en el cuerpo.

Charlotte se estremeció.

—Le esperaban —dijo.

—Indudablemente. Es más, yo opino que Bill vino a Jaffersville dispuesto a sacar provecho de sus condiciones. Naturalmente, hubo quien pensó que no le convenía que Bill hablase.

—Y lo mató.

—Sí, Charlotte.

—¿Mac Veran?

—En persona, no, pero sí lo hizo alguien que obedecía sus órdenes.

—Eso no se puede probar, Kim.

Farhis meneó la cabeza.

—Por suerte para Mac Veran. Pero todo consiste en tener un poco de paciencia. A la larga o a la corta, los tipos como Mac acaban por caer —dijo.

—Me siento muy decepcionada, Kim —declaró Charlotte—. Jamás me hubiera imaginado que Sheree fuese así.

—La realidad nunca es agradable —dijo Farhis sentenciosamente—. Pero no por eso debe pensar que todo el mundo es malo.

—Sí, Kim —Charlotte se pasó una mano por la frente—. Déjeme sola, se lo ruego. Necesito reflexionar mucho. Todo eso que ha pasado me tiene muy alterada, compéndalo.

—Desde luego, Charlotte. Llámeme si me necesita o si encuentra algo en la casa.

—Sí, Kim.

Allen Peters sintió que se le secaba la boca súbitamente al oír el timbre del teléfono. Durante unos segundos vaciló en contestar, pero al fin lo hizo, con la vaga esperanza de que la llamada procediese de otra persona.

Pero no, había acertado. La voz que captó en el auricular era de tonos insidiosos, perversos.

—¿Señor Peters?

—Sí, diga.

—No, el que me tiene que decir es usted. ¿Cuál es su respuesta?

—Mire, haga lo que le parezca. Como no tengo ese dinero, es inútil que me presione de esta o aquella manera.

El comunicante pareció quedar muy sorprendido.

—Su negocio es próspero, Peters —alegó.

—La fachada solamente. Da para vivir bien, pero está en el aire. No es negocio por el cual puedan dar cien mil dólares en menos de un día. Ni siquiera la cuarta parte.

—Entonces, usted es un estafador.

—No discutiré ese punto, de modo que ya lo sabe.

Publique todo lo que le parezca, pero no obtendrá de raíz un solo centavo.

—¿Y si yo le dijera el modo de conseguir al menos cincuenta mil dólares?

—No se burle, estúpido. ¿Cree que en Jaffersville hay alguien tan tonto como para prestármelos?

—He dicho que voy a darle la idea para conseguir ese dinero. Pero no por teléfono, sino en persona. A la noche, en el cruce de las calles Cuarenta y nueve y Murchison. Está en la zona de expansión urbana.

—Sí, creo que lo conozco.

—Vaya allí a las once y media y sabrá la manera de conseguir cincuenta mil dólares.

—No sé si...

—Escuche, Peters, puede que usted no disponga ahora de la suma que le he pedido, pero sí tiene un negocio muy provechoso y no le gustaría perderlo, ¿verdad? De modo que ya lo sabe: a las once y media, en el cruce de la Cuarenta y Nueve y Murchison.

Sonó un «clik». Peters maldijo interiormente.

Maldijo al chantajista y maldijo la hora en que se dejó arrastrar a unas diversiones que en un principio parecían inofensivas, aunque no inocentes, por supuesto, pero que si ya le habían costado caras entonces, ahora podían resultarle mucho más.

Luego pensó si el chantajista era sincero al mencionarle el lugar y hora de la cita.

—En todo caso, merece la pena averiguarlo —se decidió al cabo.

Iría al lugar señalado, desde luego, pero era muy posible que le diese al chantajista una lección tal que no olvidaría por muchos años que viviese.

Y, por supuesto, dejaría de molestarle en lo sucesivo.

Con aire negligente, Farhis se sentó en un ángulo de la mesa y dirigió una mirada a su ocupante.

—Gracias por haberme recibido, Marjorie —dijo.

—Podría decirte que no tiene importancia, pero la tiene. Es un placer verte por aquí. Siempre, Kim.

—Gracias, Marjorie. ¿Puedo fumar?

—Desde luego. Dime qué quieres beber...

—Ahora, nada, gracias —contestó él, a la vez que acercaba la

mano a la caja de cigarrillos que le tendía la hermosa mujer—. Ya te habrás enterado de la muerte de Bill Harrison —añadió.

—Leo los periódicos, Kim —dijo Marjorie.

—Sí, pero los periódicos no dijeron algunas de las cosas que sabía Harrison.

—¿Por ejemplo?

—Trabajó para Sheree Egan. Harrison falsificó dinero y ella, al parecer, financió sus actividades. Para aprovecharse después, claro.

—Eso no lo sabía yo —murmuró Marjorie, preocupada.

—Harrison me lo dijo, así que no hay otra cosa que me tiene muy intrigado.

—¿Qué es, Kim?

—Recuerda la noche en que Long quiso asesinarme.

—No la olvidaré jamás. ¿Qué ocurre, Kim?

—La policía interrogó a tu jefe y a sus gorilas, naturalmente. Mac Veran negó haber hablado con Long, aunque sí admitió que pudo haber estado en el local.

—¿Y bien?

—Yo opino que no es lógico que un tipo trate de cometer un asesinato, cuando le pagan por ello, sin antes hablar con el «contratante». No hay duda de que Long estuvo aquella noche aquí y recibió dos mil quinientos dólares, probablemente la mitad del importe del «contrato». ¿Cómo y dónde habló con Mac Veran?

Marjorie se encogió de hombros.

—Te aseguro que no tengo la menor idea, Kim —respondió.

—No es importante, aunque sí me gustaría averiguarlo. —Farhis se apeó de la mesa—. Gracias de todas formas.

—No te he dicho nada —sonrió ella.

—Me has recibido y eso es suficiente.

—Kim, hace algunos días que no vas a visitarme en mi piso.

Farhis sonrió.

—Lo haré en cuanto pueda —prometió.

—Allí serás mejor recibido todavía —sonrió Marjorie.

—De eso no me cabe la menor duda —contestó él.

Abandonó el despacho, cruzó las cortinas y llegó a la sala. Entonces se llevó una sorpresa.

Charlotte estaba sentada ante una mesa, muy entretenida, al parecer, con el espectáculo que se desarrollaba en el escenario. La

joven vestía un elegante traje de color azul claro sumamente escotado, y parecía una mujer distinta.

—Habrás un sitio libre en esta mesa, supongo —dijo, inclinándose ligeramente hacia ella.

Charlotte le dirigió una mirada de desdén.

—¿Tiene permiso? —preguntó.

—¿De quién? —se extrañó él.

—¿De quién va a ser? De Marjorie Weist, naturalmente.

Farhis agarró una silla y se sentó frente a ella.

—¿Le molesta que venga a visitarla? Recuerde, forma parte de mi trabajo —alegó.

—Así, yo también sería investigador —dijo ella caústicamente.

—Es muy probable, pero voy a decirle una cosa, Charlotte.

—No le garantizo que siga el consejo...

—¿Quién ha hablado de consejos? —rió él—. Se trata de ramos de flores.

Charlotte se quedó parada.

—¿Ramos de flores? —repitió.

—Sí. Los que le envío a Marjorie Weist no figurarán en la cuenta de gastos que le presentaré cuando acabe el caso.

Charlotte lanzó una exclamación de sorpresa. Pero antes de que pudiera decir nada, Farhis se ponía ya en pie.

Ella le imitó.

—Aguarde, Kim.

Farhis no se molestó en contestar siquiera y caminó hacia la puerta. Charlotte arrojó unos billetes sobre la mesa y corrió tras él, aunque con ciertas dificultades, a causa de los altos tacones de sus zapatos.

Salieron al exterior. Farhis caminaba con paso resuelto hacia la explanada de estacionamiento, donde tenía su automóvil.

—Aguarde de una vez, hombre —pidió ella, jadeante y casi sin aliento—. ¿Es qué no va a admitir siquiera mis excusas?

Farhis abrió la portezuela del coche y se sentó tras el volante. Charlotte abrió por el otro lado y se sentó junto a él.

—Admito que tiene motivos para sentirse enojado... —empezó a decir, pero no pudo continuar.

Unos fuertes brazos rodearon sus hombros. Vio que una boca buscaba la suya y trató de resistir, pero la sorpresa se lo impidió.

Poco después se separaba del joven, sofocada y con la respiración muy alterada.

—Pero ¡qué fogoso eres, Kim! —exclamó a la vez que lanzaba un suspiro de satisfacción.

—Sólo quería probarte una cosa —respondió él.

—¿Sí? ¿Cuál es?

—Simplemente, que mis entrevistas con Marjorie forman parte de mi trabajo.

—Pero no me negarás que es un trabajo muy agradable.

—Salvo cuando tratan de apalearme o de llenarme el cuerpo de plomo.

Charlotte se quedó muy preocupada.

—Eso sí es verdad —admitió.

—Ahora, por favor, dime una cosa. ¿Has ido a The Golden Circle para espiarme?

Ella se sonrojó intensamente.

—Un poco sí —admitió—. Pero también sentía curiosidad por conocer el local y ver si yo conseguía algo por mi parte.

—¿Y... lo has conseguido?

—No sé qué decirte —respondió Charlotte—. Una vez fui al tocador de señoras y vi a un hombre en el interior. Me extrañó, sobre todo, cuando el sujeto no se quiso disculpar siquiera.

—Siempre hay tipos groseros —adujo Farhis—. No le des importancia Charlotte.

—Bueno, verás —contestó la joven—, es que tengo la sensación de que aquel individuo no es que se hubiese equivocado, lo que no parece probable, dado que el rótulo indica bien claro el lugar, sino que parecía salir de una habitación interior.

—¿Una habitación interior? —se extrañó él.

—Sí, y el caso es que no hay ninguna puerta en el tocador. Pero, en fin, no le des más importancia al asunto. ¿Me llevas a casa o seguimos la fiesta en algún otro local?

Farhis dio media vuelta a la llave de contacto.

—A casita, guapa; mañana hay que trabajar —decidió él.

CAPÍTULO XI

Con ceño sombrío, Mark Sphann contempló el maletín donde estaba el dinero. El chantajista se iba a llevar una buena sorpresa.

Los supuestos fajos de billetes no eran tal, sino bloques de recortes de periódico, cubiertos cada uno con un billete de escasa denominación. Pero los billetes, a su vez, ocultaban otra cosa.

Sphann hurgó con los dedos debajo de un fajo de billetes situado hacia el centro. Actuó con infinita delicadeza y luego, siempre con gran cuidado, cerró la llave del maletín.

Acto seguido, apagó la luz del despacho y se dirigió hacia la puerta. Minutos después, se hallaba a bordo de su automóvil.

Por prudencia, dejó el coche a unos doscientos metros del lugar donde debía entrevistarse con el chantajista. Luego caminó a pie, buscando los lugares menos conspicuos.

No se veía a nadie en aquellos momentos. Se trataba de una zona de expansión, donde había muchos edificios a medio construir. Apenas si había unos cuantos faroles.

Las calles del nuevo trazado estaban apenas señaladas, pero Sphann supo encontrar el cruce indicado. A pocos pasos del bordillo de la acera había una gran pila de ladrillos y materiales de construcción.

Una sombra se alzó de pronto ante él.

—Hola, Mark.

Sphann se volvió bruscamente. Alargó el cuello, como si quisiera escrutar las facciones del individuo, pero el otro le ahorró el trabajo.

—Soy Allen Peters —dijo.

Sphann lanzó un resoplido de sorpresa.

—¡Allen! ¿Qué diablos haces aquí? —inquirió.

—He venido a buscar eso que llevas ahí —contestó Peters, señalando el maletín con la mano izquierda.

Sphann retrocedió un paso.

—No permitiré que...

De pronto, se interrumpió.

¿Acaso era Peters el chantajista?

Cabía en lo posible. Sphann sabía que Peters tenía un negocio muy aparatoso, de escaso rendimiento. Aquel negocio podía ser solamente una tapadera para otros asuntos menos legales.

Estudió un momento a su interlocutor. Peters tenía la mano derecha en el bolsillo de su abrigo.

—Muy bien —accedió al cabo—. Aquí lo tienes, tómalo.

—Son cincuenta mil, ¿no? —dijo Peters.

—Ni un centavo menos —contestó Sphann.

—Lo siento, Mark, pero créeme, no me queda otro remedio...

Peters se calló de pronto. Sphann había dado media vuelta y se alejaba a todo correr. Le extrañó un poco, pero acabó por encogerse de hombros.

—Le habré asustado —calculó.

Y luego, tras unos segundos de vacilación, puso el maletín sobre una pila de sacos de cemento.

—Voy a ver si es cierto que hay aquí cincuenta mil dólares —se dijo.

Apoyó los pulgares sobre las presillas del cierre, sin darse cuenta de que, a poca distancia, había un individuo que espiaba sus actos, apuntándole con una pistola. Peters soltó los cierres y levantó la tapa del maletín.

En aquel momento se produjo la explosión.

Sphann la oyó de lejos y sonrió satisfecho.

—¡Adiós, chantajista! —dijo.

En el lugar de la explosión, revoloteaban numerosos trozos de papel, la mayoría chamuscados, que habían salido despedidos por todas partes. El hombre de la cara blanca estaba aturdido, aunque ileso.

Durante unos segundos, contempló la forma que yacía en el suelo, al pie de los sacos de cemento. Era sólo un tronco sin cabeza y sin manos.

Luego, asustado, temeroso del ruido de la explosión, giró sobre sus talones y echó a correr.

—¿Has leído los periódicos, Kim?

—Sí. Traen muchas noticias.

—Han detenido a un tal Mark Sphann, como autor de la explosión que mató a Allen Peters. Sphann se defiende diciendo que Peters le hacía objeto de chantaje.

—Y le preparó una trampa explosiva.

—En efecto. Kim, ha estado a verme el teniente Rupert. Es el que lleva el caso de Sheree.

Farhis enarcó las cejas.

—Interesante. ¿Qué te ha dicho?

—Algo muy curioso. Sphann preparó la trampa con supuestos fajos de billetes de Banco. Sólo había un billete en la parte superior, el que cubría cada fajo.

—A veces se hace en los timos —sonrió él—. Sigue, ¿qué más?

—La explosión quemó unos cuantos billetes y chamuscó otros. Los que se han encontrado son todos falsos.

Farhis se quedó con la boca abierta.

—¿Seguro? —dijo.

—Sí. Lo ha confesado el propio Sphann.

—Vaya, esto sí que resulta extraño. ¿Cómo tenía Sphann dinero falso en su poder?

—Rupert me lo ha explicado, Kim. —Charlotte inspiró profundamente—. Fue cosa de Sheree.

Hubo un momento de silencio. Farhis contemplaba fijamente a la muchacha.

—Continúa —pidió.

—Sheree hacía chantaje a sus... clientes, obligándoles a entregarles cheques perfectamente canjeables en un Banco, a cambio de montones de dinero falso.

—Entiendo. De este modo, los... clientes no perdían todo.

—No, porque un billete pequeño siempre es fácil de pasar y, con el tiempo, se resarcían de los miles de dólares que entregaban a Sheree. Pero en el caso de Sphann, por lo visto, no había canjeado aún todo los billetes que recibió, en tres ocasiones, a cambio de otros tantos cheques de dos mil dólares cada uno.

—Un bonito negocio —sonrió Farhis.

—En efecto. Los extorsionados se resistían en un principio, como es lógico, pero acababan por claudicar, sabiendo que de este modo no perdían el dinero.

—En resumen, Charlotte, les convertía en cómplices de su falsificación.

—Exactamente, Kim. Y, por lo visto, Sphann creyó que Peters era un chantajista y decidió quitarlo de en medio. Rupert me ha dicho que Sphann se ha derrumbado cuando le han acusado del asesinato de Peters.

—Sí pero ¿cómo ha averiguado la policía tan pronto que Sphann era culpable?

—Un anónimo llamó por teléfono y lo delató. Le interrogaron y en un principio, Sphann negó, lógicamente. Pero luego le dijeron que el dueño de la tienda donde compró el maletín había reconocido los restos que le presentó la policía como identificación. Eso le derrotó, Kim.

Farhis meditó un momento.

—¿Sabes en qué estoy pensando, Charlotte? —dijo al cabo.

—No, pero tú me lo vas a decir —sonrió ella.

—Sencillamente, Peters no era el chantajista, sino que también estaba siendo extorsionado.

—¿Cómo puedes saberlo, Kim?

—En realidad, no tengo certeza, sino que lo presumo, simplemente. Pero recuerda los otros asesinatos que se han producido, todos ellos, salvo el de Tibbs, por parejas. Hay en este asunto algo que no acabo de comprender todavía, pero que me dice que Peters no era el chantajista.

—Sin embargo, murió al explotarle el maletín.

—Eso no se puede negar, Charlotte. De un modo u otro, Peters se enteró de que Sphann iba a acudir al lugar donde murió, con un maletín supuestamente lleno de dinero. Si Peters estaba siendo también extorsionado, resulta lógico que quisiera apoderarse de un dinero que él no poseía.

—Es verdad —reconoció la muchacha.

—Por tanto, la trampa no estaba destinada a Peters, sino al auténtico chantajista.

—Sí, pero ¿quién es? —preguntó ella.

—El mismo que asesinó a Sheree y se quedó con sus archivos.

Había poca gente todavía en The Golden Circle, debido a lo temprano de la hora. Farhis tomó una copa en la barra y luego, con aire natural, se dirigió a los lavabos.

Una pesada cortina separaba el departamento. Farhis pasó al otro lado y vio las dos puertas, netamente rotuladas. Charlotte tenía razón; el error no era posible.

Pero se arriesgó y abrió la puerta del tocador de señoras, asomándose cautelosamente antes de entrar. Al ver que no había nadie, cruzó el umbral, cerró a su espalda y examinó el lugar, concentrado en sus pensamientos.

Había un par de lavabos y una larga mesa con espejos y sillas, para que las señoras pudieran reparar su tocado. A la derecha divisó un espejo de cuerpo entero.

Recordó la descripción que le había hecho Charlotte. Tras algunos segundos de indecisión, avanzó hacia el gran espejo, en el que las clientes podían contemplarse y arreglarse los vestidos.

El espejo estaba encuadrado por un gran marco de metal inoxidable. Con gran atención, examinó centímetro a centímetro la superficie del marco. De pronto, creyó ver una ligerísima separación en el metal, una ranura apenas perceptible.

Presionó allí. Un trozo del marco, de unos tres centímetros de longitud, se hundió en el acto.

Sonó un chasquido. La presión sobre aquel punto liberó un pestillo y un muelle hizo girar silenciosamente al espejo, dejando a la vista un oscuro corredor.

Farhis pasó de un salto al otro lado. Vio un asa y tiró de ella. El espejo recobró su posición normal.

Sacó una linterna y alumbró el hueco. Tratábase de un corredor desierto, de unos dos metros de alto por uno de ancho y cinco o seis de longitud. Seguramente, se dijo, aquel corredor pasaba por la parte posterior de los lavabos masculinos.

Avanzó paso a paso. Al fondo había una puerta de simple madera.

Se acercó y pegó el oído. Creyó oír rumor de voces, pero no pudo entender lo que se hablaba. Tanteó y encontró un pomo casi esférico, que hizo girar muy suavemente.

Abrió una ligera ranura. El panorama que se ofreció ante sus ojos le resultó conocido.

Era el despacho de Dan Mac Veran.

—Ahora me explico cómo pudo llegar Long hasta su despacho sin ser visto —murmuró.

Había tres o cuatro individuos con Mac Veran. Farhis los conocía a todos.

—Si no arregla usted este asunto, se las va a ver muy negras, —dijo Simón Rotke.

—¿Y qué queréis que haga? —contestó Mac Veran furiosamente—. Ese tipo me tiene cogido por el cuello. No puedo hacer nada...

—Oculta muy bien su personalidad, es cierto —admitió Owie—. Pero no cabe la menor duda de que ahora sabe él todo lo que sabía Sheree Egan.

Mac Veran soltó una maldición.

—Y, por si fuese poco, ese maldito fisgón, que no me deja en paz ni a sol ni a sombra —masculló—. Si llegase a enterarse del asunto de Barlane, me costaría una condena de treinta años, por lo menos.

—El no lo averiguará...

—Pero si encuentra los archivos de Sheree, lo sabrá. ¿Por qué os creéis que «importé» a Long, estúpidos?

—Long no le resolvió nada —dijo Gartner, ofendido—. Déjenos a cualquiera de nosotros y verá cómo solucionamos este asunto de una vez.

—Vamos a esperar un poco —dijo Mac Veran—. Primero quiero encontrar a ese maldito chantajista. Después me ocuparé de Farhis. A fin de cuentas, el detective no me sangra. Y bien mirado, le costará mucho averiguar el asunto de Barlane, si es que llega a averiguarlo.

Farhis tomó nota de aquel nombre. Sería interesante saber de qué se trataba. El teniente Rupert, quizá, podría decirle algo al respecto.

Sin hacer el menor ruido, cerró la puerta. Luego, con la misma cautela que a la ida, emprendió el regreso.

Estuvo unos minutos en el pasillo, porque oía voces de mujeres en el tocador. Cuando la pieza hubo quedado vacía, abrid la puerta secreta, salió y unos momentos más tarde, se hallaba de nuevo en la sala.

CAPÍTULO XII

—¿El asunto de Barlane? —repitió el teniente Rupert, de la Brigada de Homicidios—. ¿Por qué me lo preguntas, Kim?

—He oído hablar de él, pero no lo conozco. ¿Qué sabes tú al respecto, Harry?

Harry Rupert remoloneó un poco.

Al fin dijo:

—Drogas y un asesinato.

—Sin que se haya conseguido encontrar al asesino.

—Efectivamente, Kim.

—Pero sospecháis de alguien.

—Son tan vagas las sospechas que tenemos, que no vale la pena siquiera tenerla en cuenta.

—¿Quién fue el asesinado, Harry?

—Un tal Lou

O'Deyl,

sujeto poco recomendable, a decir verdad.

—Y no se encontró nunca al asesino.

—En estas cosas de «ajustes de cuentas», ya sabes tú lo difícil que es llegar a una conclusión definitiva, Kim.

—Pero sospecháis de Mac Veran.

Rupert lo admitió a regañadientes.

—También podríamos sospechar de un marciano —contestó—. Nunca podríamos presentar pruebas.

—¿Lo mató él o encargó el asunto a alguno de sus esbirros?

—Yo diría que lo hizo él personalmente, pero presentó un montón de coartadas. Además, incluso parece que

O'Deyl

trató de liquidarlo a él.

—Y Mac Veran se anticipó.

—Sí, pero ¿quién lo demuestra?

—Es cierto —admitió Farhis—. Harry, dime, ¿por qué lo llaman el asunto de Barlane?

—

O'Deyl

murió en una casa de campo, que había sido propiedad de un tipo apellidado así. Barlane ya no vive en Jaffersville; hace años que se marchó y dejó la casa a un agente para que se la vendiera.

—En resumen,

O'Deyl

apareció muerto allí, se sospecha que fue Mac Veran quien lo hizo, pero no se ha podido probar nada.

—Así es, Kim.

—Y se supone que el asesinato fue un ajuste de cuentas.

—Parece lógico suponerlo. Lo cierto es que la cuestión de las drogas se acabó con la muerte de

O'Deyl.

Farhis sonrió.

—Entonces, habrá que dar una medalla a Mac Veran —dijo.

—No, porque si es cierto que mató a

O'Deyl

no lo hizo pensando en el bienestar público, sino en su propio provecho. Se quitó un competidor de en medio, ¿comprendes?

—No. Si el negocio de las drogas se ha acabado, no entiendo qué interés tenía Mac Veran en eliminar la competencia.

—Te diré, Kim. Después de aquello, Mac Veran cobró miedo. Si hubiera seguido con las drogas, las sospechas habrían sido algo más insistentes y hubiéramos acabado por desenmascararlo. En eso no se puede negar que fue prudente.

—Desde luego. Una cosa, Harry.

—Sí, Kim.

—Verás, ha muerto Sheree Egan y se ha cometido una serie larguísima de asesinatos. Hay asunto de drogas, chantaje, falsificación de moneda, un asesino profesional muerto... Y todo ha ocurrido después de la muerte de Sheree Egan.

—Es cierto —reconoció el policía—. Parece ser como si la muerte de aquella mujer hubiese levantado la tapa de una olla que guardaba en su interior algo *non sancto*.

Farhis sonrió.

—Otra persona lo calificó de una manera muy parecida a la tuya, sólo que dijo tapa de pastel —manifestó.

—El significado es idéntico —aceptó Rupert—. ¿Algo más, Kim?

—Gracias, Harry. Ha sido una conversación muy interesante.

Farhis abrió cautelosamente la puerta y vio que el despacho parecía desierto, a excepción de su único ocupante en aquellos momentos. Mac Veran estaba muy atareado haciendo anotaciones en un libro.

La otra puerta estaba cerrada y no había ningún gorila vigilándola. Farhis terminó de entrar, cerró en silencio y dio dos o tres pasos en el interior de la estancia.

Transcurrieron algunos segundos. De pronto, Mac Veran pareció presentir que no estaba solo y alzó la cabeza.

Un súbito estremecimiento recorrió su cuerpo.

—¡Usted! —rugió—. ¿Cómo diablos ha entrado aquí?

—He seguido el mismo camino que Glenn Long —contestó Farhis amablemente.

Mac Veran abrió el cajón de la derecha de su mesa y sacó un revólver.

—Está buscando que le peguen cuatro tiros —dijo hoscamente.

Farhis no se inmutó. Sacó un cigarrillo y lo encendió, mientras se sentaba indolentemente en un ángulo de la mesa.

—Guarde ese chisme —aconsejó—. Yo no me llamo Lou O'Deyl.

Mac Veran se estremeció.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó.

—Un pajarito —sonrió Farhis—. ¿Lo mató usted o no?

—Me niego a contestar —dijo Mac Veran hoscamente—. Ese asunto no concierne a usted en absoluto.

—¿De veras? Entonces, dígame, ¿por qué se gastó dos mil quinientos dólares eh Long? ¿Teme que yo llegue a probar algún día que usted mató a Lou

O'Deyl?

—No lo conseguirá jamás, Farhis.

—A decir verdad, es un asunto que me interesa muy poco. Opino que
O'Deyl

debía de ser un granuja como usted, de modo que bien muerto está. Pero yo trabajo en el caso de Sheree Egan y ahí sí que tiene usted metidos los dos pies, si no es que está sumergido hasta el cuello.

—¡Maldición, no! ¡Yo no maté a Sheree! —protestó Farhis.

—Entonces, ¿quién lo hizo?

—¡Y yo qué sé! —contestó abruptamente el dueño del local—. Si lo supiera, ya le habría llenado el cuerpo de plomo.

—¿Usted o sus esbirros?

Mac Veran no hizo caso de la pregunta. Masculló algo entre dientes y dijo:

—Escuche, Farhis, hagamos un trato. Déjeme en paz de una vez y yo le ayudaré.

—¿Cómo?

—El asesino de Sheree está extorsionándome. Dice tener pruebas de que yo maté a

O'Deyl.

—¿Y es cierto?

Mac Veran guardó silencio. Farhis rió en tono bajo.

—El que calla, otorga —dijo sentenciosamente.

—No hay pruebas —gruñó Mac Veran.

—Pero mató a

O'Deyl.

—¿Y qué? —gritó el individuo descompuestamente—.

O'Deyl

quería liquidarme a mí. Me anticipé a él, eso es todo.

—Muy bien, pero, dígame, ¿por qué se pelearon?

—Sí. Disputamos por ella.

Mac Veran volvió a remolonear.

—Sheree —dijo al cabo.

—¿Sheree? —repitió Farhis.

—Sí. Disputamos por ella.

—¿Por los negocios de Sheree o por sus encantos?

—Yo había ido a la casa de Barlane para tratar del asunto de las drogas con

O'Deyl,

pero él llegó un poco tarde. Dijo una excusa cualquiera y yo se la hubiera aceptado, pero venía muy perfumado. Y yo conocía aquel perfume, ¿comprende?

—Sí, venía de pasar el rato con Sheree.

—Cierto. La discusión se agrió y él sacó una pistola. Le pegué un puntapié en la tripa y lo tiré patas arriba. Cuando quiso hacer fuego, ya tenía dos balas en el pecho.

—Una declaración muy convincente.

—Pero que usted no podrá repetir a nadie.

—¿Va a disparar?

Mac Veran dejó el revólver a un lado.

—Su palabra contra la mía —contestó—. No hay pruebas.

—Es cierto. De modo que usted se sintió celoso porque Sheree concedía sus favores a O'Deyl.

El dueño del local lanzó un gruñido.

—Perdí los estribos, lo reconozco —contestó—. Pero lo que más me quita el sueño son las amenazas del chantajista.

—¿Qué le pide, Mac?

—Mil semanales —contestó Mac Veran de un pésimo humor—. Si esto sigue así, voy derecho a la ruina.

Accionaba los brazos enérgicamente a la vez que hablaba. De pronto, una de sus manos alcanzó la gran lámpara de sobremesa y la tiró a un lado.

Mac Veran lanzó una maldición y agarró el pie de la lámpara para colgarla de nuevo en su posición normal, él lanzó un grito:

—¡Aguarde!

Mac Veran le miró extrañado. Farhis se apeó de la mesa, cogió la lámpara con ambas manos y examinó atentamente el pie.

—Voy a darle un consejo, Mac —dijo al cabo—. En lo sucesivo, piense bien cada una de las palabras que vaya a pronunciar en este despacho.

—¿Qué es lo que quiere decir? —aulló el dueño del local.

Farhis no contestó de momento. Estaba forcejeando con la base de la lámpara. De pronto, pegó un tirón y extrajo una cajita de forma oblonga, de tamaño algo superior al de un paquete de cigarrillos.

Un delgado cable de metal brillante salió con la caja. Mac Veran emitió un bramido de rabia.

—¡Un micrófono!

—En cierto modo, tiene usted razón, pero no se moleste en

buscar el cable que le llevaría indefectiblemente al punto de escucha. Este aparatito es un transmisor de radio y vaya a saber en dónde se encuentra el receptor.

Mac Veran parecía anonadado.

—Ahora comprendo por qué el chantajista se entera de todo lo que pasa en mi despacho —dijo, ebrio de furor.

—Sí —concordó Farhis pensativamente—; y lo peor de todo es que no tenemos la menor idea de su identidad.

Hizo una pausa y buscó el interruptor de cierre. Después dijo:

—Pero una cosa es segura, Mac: el chantajista es alguien que ha tenido acceso a su despacho o no le habría instalado el transmisor con tanta facilidad.

Lanzó el aparato sobre la mesa y se dispuso a abandonar el despacho.

—¿Fue Sheree Egan? —sugirió.

Mac Veran guardaba silencio. Todavía estaba callado cuando Farhis salió de la estancia, utilizando ahora la entrada normal.

CAPÍTULO XIII

—Una cosa es cierta, Charlotte: Mac Veran mató a O'Deyl porque Sheree le engañaba a éste, más que por el asunto de las drogas.

Charlotte apretó los labios.

—En resumen, mi madrina era una mujer poco recomendable —calificó.

—Lo siento, pero es así. De todas formas, no se me alcanza cómo pudo obtener las pruebas de que Mac Veran mató a O'Deyl.

—Tú has hablado antes de un transmisor de radio —dijo ella—. Las emisiones que se reciben pueden ser grabadas en cinta.

—Sí, claro, pero ese transmisor...

—Quizá Sheree, una vez que lo hubo instalado, hizo hablar a Mac Veran y la conversación fue emitida en el despacho y recogida aquí, en la casa. Naturalmente, una cinta la grabó automáticamente. Mac Veran le diría que sí, que había matado a O'Deyl,

pero que ella no tenía medios de probarlo.

—Una suposición que parece ser cierta —convino Farhis.

—Ahora bien, si esto es verdad, ¿por qué Sheree no le denunció?

—Charlotte, para Sheree resultaba más rentable hacer chantaje a Mac Veran.

—Es verdad —reconoció la muchacha—. Sin embargo, no he encontrado en casa rastros de un receptor de radio ni una grabadora automática.

—Se lo llevó todo el chantajista, junto con los negativos que Sheree tenía de las páginas de sus libretas. De modo que lo que antes hacía Sheree, ahora lo está haciendo otro tipo.

—Sí, pero eso significa, creo yo, que el chantajista conocía bien

a Sheree.

—Es verdad —admitió él—. Y en ese caso, la pregunta es: ¿quién era ese conocido de tu madrina?

Charlotte se mordió los labios.

—¿Y si el chantajista fuese Mac Veran? —sugirió.

—¿Tú crees? —dijo Farhis.

—Podría ser que desempeñase el papel de víctima, Kim.

—¿Incluso delante de sus esbirros?

—¿Por qué no? Esto justificaría sus acciones y podría culpar a otro de los perjuicios que está sufriendo y de los crímenes cometidos.

—Pero las pruebas de la muerte de O'Deyl...

—Ése es un asunto independiente en cierto modo. Lo hizo él, pero también los chantajes y los asesinatos.

Farhis movió la cabeza.

—Será cosa de comprobarlo —dijo.

—¿Cuándo?

—Veré. Tal vez esta noche —respondió él evasivamente.

—¿Irás al Golden Circle?

—Es muy probable, Charlotte. Una pregunta, querida.

—Dime, Kim.

—¿Cómo te llaman a ti familiarmente? ¿Charlotte o abrevian el nombre dejándolo en Lotte?

—Lláname como gustes —contestó ella, a la vez que elevaba sus brazos para enlazarle el cuello.

—¿Interrumpo? —preguntó Farhis.

Marjorie levantó la vista y emitió una brillante sonrisa.

—Tú no molestas nunca, Kim —contestó.

Farhis cerró la puerta y avanzó hacia la mesa.

—Siempre tan ocupada —dijo.

—El club da mucho trabajo, si se quieren hacer las cosas bien. ¿Qué vas a tomar?

—Deja, no te molestes —exclamó Farhis, viendo que Marjorie se disponía a levantarse—. Yo me serviré una copa. ¿Quieres tú también?

—Ahora, no, gracias. ¿Has adelantado algo?

—¡Psé! La cosa está difícil, hermosa.

—Saldrás adelante —sonrió ella.

—Eso espero.

Farhis volvió junto a la mesa y se sentó en uno de los lados. En el mismo momento, se oyó el zumbador del interfono.

Marjorie dio el contacto.

—¿Sí? —murmuró.

—Señora Weist, tenga la bondad de venir un momento a mi despacho —se oyó una voz masculina.

—Al momento, señor Mac Veran.

Marjorie se puso en pie. Mientras se alisaba la falda por las caderas, inspiró fuertemente, a fin de hacer resaltar los macizos contornos del busto. Miraba a Farhis y sonreía de un modo incitante.

—Espérame aquí —rogó.

—Sí —sonrió el investigador.

Marjorie salió con vivo taconeó. Farhis dejó el vaso sobre la mesa y sacó un cigarrillo.

En uno de los lados de la mesa había un fajo de papeles. Facturas, apreció. Casi por curiosidad, empezó a hojearlas. Eran notas de pedidos de proveedores, la mayoría de las cuales aparecían con el sello de pagado.

Una factura apareció de pronto y llamó su atención. Era de una tienda de aparatos fotográficos y se refería a unos carretes de película y varias cajas de lámparas de destello para tomas con *flash*.

Farhis arrugó el entrecejo. Una vez había encontrado una factura por una microcámara y procedía de la misma tienda.

Casualidad, se dijo. Pero el hecho picó su curiosidad. Aquella tienda no era la única especializada en cámaras y artículos para fotografiar, desde luego. Había más en Jaffersville.

Sin embargo...

Se puso en pie y dejó la factura donde estaba. Sin saber a ciencia cierta los motivos, abrió los cajones de la mesa.

En uno de ellos, a la derecha, encontró un gran sobre de color claro. Había una fotografía en su interior.

Marjorie aparecía en la fotografía, al lado de un individuo de aspecto atractivo. La placa había sido tomada en el campo, seguramente con disparador automático.

Farhis volvió la fotografía. Había dos iniciales y una fecha. Las iniciales eran una L y una M.

—¿Lou y Marjorie? —se preguntó.

Si se trataba de Lou

O'Deyl,

era un tipo de unos treinta y cinco años, mayor que Marjorie, por supuesto, pero de menor edad que Sheree.

¿Estaba la clave del asunto en aquella fotografía?

Dejó todo como estaba. Cuando regresó Marjorie, la encontró contemplando su vaso al trasluz.

—Dispénsame, Kim —rogó ella—. Mac Veran, a veces, resulta un poco cargante.

—No tienes que disculparte —contestó él—. Es tu trabajo. Y como veo que estás ocupada, no quiero entretenerme más.

—¿Cuándo vendrás a mi casa?, —preguntó Marjorie ávidamente.

Kim se inclinó para besarla en un lado de la cara.

—Tal vez muy pronto —contestó.

Farhis salió del ascensor y miró a derecha e izquierda. El corredor estaba desierto en aquellos momentos. Avanzó rápidamente y se detuvo ante una puerta que conocía muy bien.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una serie de ganzúas. Después de algunas pruebas, consiguió el éxito.

Abrió la puerta. Sabía que el piso estaba desierto en aquellos momentos.

Encendió la luz y cerró silenciosamente. Conocía muy bien el lugar, aunque no en todos los aspectos.

Entornó los ojos, preguntándose por dónde debería empezar primeramente. Cruzó el vasto salón, de ambiente muy moderno, y llegó al dormitorio, apoyándose unos momentos en la jamba de la puerta, mientras contemplaba la perspectiva con expresión crítica.

En alguna parte estaba lo que andaba buscando. Examinó el inmenso armario ropero, que ocupaba todo un lienzo de pared.

Era de puertas correderas y estaba atestado de trajes en los colgadores y de zapatos en los estantes bajos. ¿Se hallaba allí lo que buscaba con tanto empeño?

Tanteó las paredes posteriores. Ninguna sonaba a hueco. Ello le

decepcionó un poco.

Contempló la cama, con gran testero, en el que había un par de estantes con algunos libros y objetos de adorno. Tras algunos segundos de vacilación se acercó a los estantes y agarró el más bajo.

El estante resistió. Tiró del que estaba encima y sintió un leve chasquido.

Animado, repitió el tirón. Todo el estante se desplazó al frente, dejando ver un gran hueco en la pared, en el que divisó varios objetos que llamaron singularmente su atención.

Había un receptor conectado a una grabadora con cintas en cassettes. También había otras muchas cosas, entre las que pudo distinguir un sombrero, un sobretodo, un par de pantalones, unos zapatos de apariencia masculina y un par de gafas oscuras. Las ropas y los pantalones eran de color negro.

También encontró otra cosa: una pistola de largo cañón, con silenciador y una muesca en la culata, para adaptar a ella un pequeño culatín de metal, que yacía en el hueco junto al arma.

Finalmente, encontró un tubo de metal, en cuyo interior halló varios diminutos rollos de película, así como un par de cassettes con cintas que supuso grabadas.

Guardó las películas y las cintas, que le cabían perfectamente en los bolsillos, por su pequeño tamaño. Estaba seguro de que le había quitado los dientes al asesino de Sheree Egan.

Dejó el estante como lo había hallado y abandonó el dormitorio. Apagó la luz y, en aquel momento, oyó ruido en la puerta.

Instantáneamente, saltó a un lado. Maldijo entre dientes; estaba desarmado y ya era demasiado tarda para hacerse con la pistola escondida.

Pasos cautelosos se acercaron al dormitorio. Farhis tensó los músculos y cuando el intruso asomó la cabeza, le echó las manos a la cabeza, tapándole la boca con una mano, a la vez que lanzaba una enérgica advertencia.

—No se mueva o le retuerzo el cuello como a un pollito...

Se interrumpió bruscamente. Un segundo después, soltaba su presa.

—¡Lotte! —exclamó, pasmado—. ¿Qué diablos haces en esta casa?

Charlotte Evans lanzó un profundo suspiro de alivio.

—Menos mal, eres tú —dijo—. ¡Qué susto me has dado, Kim!

—Imagínate el que me has dado tú a mí —gruñó el investigador—. Pero por todos los... ¿Qué rayos haces en esta casa?

—He venido a verte, Kim —declaró ella sorprendentemente. Farhis respingó.

—¿Cómo? ¿Quién te ha dicho que yo podía estar aquí? —exclamó.

Charlotte sonrió maliciosamente.

—No estabas en tu casa ni en el Golden Circle. En el despacho tampoco podías estar, de modo que deducir dónde te hallabas no resultó cosa difícil —respondió.

—Y te imaginaste que yo había venido a casa de...

—Sí, Kim.

—Bien, de acuerdo; sospechaste que yo podía estar aquí y has acertado. Ahora, Lotte, dime. ¿Por qué tuviste que venir tú también?

—La respuesta es sencilla, Kim. Tú me dijiste que debía seguir buscando por la casa. No encontré los negativos, pero sí la fotografía de un hombre. Lou

O'Deyl,

si no me equivoco.

Charlotte abrió el bolso y extrajo una fotografía, en la que había un hombre retratado de busto. El hombre era el mismo que figuraba en otra fotografía junto a Marjorie Weist.

—Sí, es Lou

O'Deyl

—confirmó—. ¿Cómo has supuesto que podía ser él?

—Lee la dedicatoria al dorso. Demuestra que

O'Deyl

y Sheree sostuvieron un romance. Por eso imaginé que tenía que ser él y vine a buscarte para que lo supieras cuanto antes.

Farhis hizo un signo de asentimiento.

—Has hecho bien —aprobó—. Precisamente yo estoy aquí porque acabo de descubrir la identidad del asesino de Sheree.

Los ojos de la joven se oscurecieron.

—Fue ella, ¿verdad? —dijo.

—Sí —afirmó el investigador.

Hubo un momento de silencio. Luego, antes de que ninguno de

los dos hombres pudiera hablar, se oyó de nuevo el ruido de la puerta al abrirse.

La voz de Mac Veran sonó con tonos autoritarios:

—Vamos, muchachos —dijo—. Registrad todo y no dejéis nada sin mirar, aunque para ello sea preciso levantar el pavimento de la casa.

Mac Veran y los dos esbirros que le acompañaban dieron unos pasos en el interior. Farhis y Charlotte quisieron esconderse, pero ya era tarde.

—¡Quietos! —Gruñó Mac Veran.

Kuttara y Owie sacaron sus pistolas. Farhis levantó sus brazos.

—Estamos desarmados —dijo.

—Tanto mejor —gruñó Mac Veran—. ¿Qué diablos hacen aquí?

—La noche es desagradable y decidimos esperar el autobús a cubierto —respondió Farhis.

—No se haga el gracioso —masculló el dueño del Golden Circle—. ¿Acaso cree que no me figuro por qué han venido aquí?

—En ese caso, sobran las preguntas..., pero, dígame, ¿cómo lo ha sabido usted, Mac?

—También sé utilizar la sesera, aunque usted no lo crea. Ordené a mis hombres que investigasen y al fin Encontré a la persona que compró el transmisor y el receptor, éste con grabadora de funcionamiento automático. Imagínate el resto, Farhis.

—Es fácil, Mac —sonrió el investigador.

—Pero usted ha llegado antes que yo. ¿Qué ha encontrado?

—Nada, no nos dieron tiempo a registrar. Acabábamos de entrar cuando ustedes entraron.

Mac Veran entornó los ojos.

—No les creo —dijo—. Al, ponte detrás de ellos y apúntales con tu pistola. Lex, regístralos.

—Cuidado —dijo Charlotte—. Soy una señorita.

Apretó el bolso contra su cuerpo. Owie se acercó a ella y se lo arrebató de un manotazo. Luego, sin más ceremonias, lo abrió y volcó su contenido encima de un diván.

—No parece que haya nada de importancia, jefe —declaró.

—El hombre —indicó Mac Veran.

—Es curioso —sonrió Farhis—. A usted lo extorsionaban y buscaba el chantaje por todas partes, sin sospechar que lo tenía a

cuatro pasos. ¿No se le ha ocurrido pensar en ella?

—Sólo hablé por teléfono dos o tres veces y disimulaba muy bien la voz. Parecía lógico pensar que se tratase de un hombre, ¿no cree?

—Eso no lo sabía yo —contestó Farhis—. Claro que tampoco me pidió nunca dinero.

Las manos de Owie recorrieron su cuerpo. Unos segundos después, Owie enseñó el tubo con los microfilmes y los dos cassettes.

—Eso es lo que llevaba encima —informó.

Mac Veran sonrió satisfecho.

—¿Dónde lo encontró? —quiso saber.

Farhis hizo un gesto con la cabeza, señalando el dormitorio. Mac Veran asintió.

—Bueno, aquí están las pruebas —dijo—. Ya no podrá seguir extorsionándome más.

—¿Qué hará con ella, Mac? —preguntó Farhis.

—Prefiero no contestarle —respondió Mac Veran—. De este modo, usted no me creará más problemas.

—La va a matar —adivinó Charlotte.

Mac Veran emitió un gruñido.

—Yo no he dicho nada —masculló—. Y ustedes tampoco han visto nada, así que cuánto puedan declarar más adelante, no les servirá en absoluto.

—Es probable que tenga usted razón, pero debe contar con la posibilidad de que la policía reactive el caso Barlane —manifestó Farhis.

Mac Veran enarcó las cejas.

—¿Qué es lo que quiere decir? —preguntó.

—Usted presentó unas cuantas coartadas, todas ellas falsas. Entonces, las sospechas contra usted eran muy débiles y por eso le dejaron ir libre. Ahora, la policía actuará con más empeño y alguno de los que cometieron perjurio querrá salvarse de la quema. Figúrese el resto.

—Me declararon inocente. No podrán juzgarme dos veces por un mismo delito.

—No se confunda, Mac —sonrió Farhis—. Se declaró que no había lugar a proceso, por falta de pruebas, pero eso no significa

que se celebrase juicio. Por tanto, si se presentan pruebas, puede ser acusado nuevamente del asesinato de Lou

O'Deyl.

Mac Veran se golpeó en el bolsillo.

—Las pruebas están aquí —dijo, ufano de sí mismo.

—Por poco tiempo, Mac —sonó de repente la voz de Marjorie Weist.

Charlotte lanzó un gemido y se refugió en los brazos de Farhis. Kuttara, sorprendido de espaldas a la puerta, quiso volverse.

Marjorie tenía una pistola en la mano. Apretó el gatillo y Kuttara cayó de rodillas, agarrándose, el brazo derecho con la otra mano.

—Lex, suelta la pistola —ordenó Marjorie fríamente.

Owie vaciló un momento. Ella le apuntó al centro de la frente.

—Haz lo que te digo o disparo.

La pistola de Owie cayó al suelo. Mac Veran estaba lívido.

—Has averiguado quién era yo. ¿Verdad, Mac? —dijo Marjorie.

—Me ha costado un poco, pero, al fin, lo he conseguido.

—De nada te servirá, Mac —declaró al mujer—. He oído lo que pensabas hacer conmigo. No lo permitiré, como es lógico.

Mac Veran forzó una sonrisa.

—Marjorie, no irás a creer que...

—Tú mataste a Lou —cortó ella—. Eso es algo que no puedo perdonar, Mac.

—Un momento, Marjorie —terció Farhis.

Ella le miró brevemente, aunque, enseguida, volvió los ojos hacia Mac Veran.

—Habla, Kim —accedió.

—Yo he encontrado los microfilmes y dos cintas grabadas. Imagino que los microfilmes contienen retratadas todas las páginas de dos libretas de notas que pertenecieron a Sheree Egan.

—En efecto, así es.

—¿Qué contienen las cintas, Marjorie?

—Sólo hay una grabada parcialmente. Mac Veran admite en ella haber matado a Lou. Lo dijo delante de Sheree.

Farhis miró a Mac Veran. El rostro del sujeto estaba lívido.

—¿Cómo pudo hacer eso? —preguntó.

—Sheree le citó en su casa y se lo preguntó. Mac Veran lo

admitió, pero dijo que no había pruebas. Naturalmente, ignoraba que Sheree estaba grabando la conversación.

—Aun así, no es una prueba legal...

—Pero sí habría permitido hacer lo que tú has dicho antes: reactivar el caso Barlane. Y alguno de los que declararon en su favor, dirían la verdad.

—Con lo cual, tú le extorsionabas y le sacabas el dinero.

Marjorie sonrió.

—Resultaba divertido —contestó.

—Pero usted asesinó a Sheree —terció Charlotte inesperadamente.

Marjorie volvió la cabeza hacia la muchacha. Sus ojos brillaban de un modo singular.

—Lo hice y no lo lamento —contestó—. Se lo merecía.

—¿Por haberle quitado a Lou

O'Deyl?

Marjorie inspiró con fuerza.

—No fue ésa la causa única, aunque también contó para mi venganza —respondió.

—Una venganza que te resultó muy productiva —dijo Farhis con acento intrascendente—. Los negativos te permitían hacer chantaje a una serie de individuos que luego aparecían asesinados.

—También se lo merecían —declaró Marjorie hoscamente.

—No entiendo —manifestó Farhis.

—Ella pedía dinero a uno y luego avisaba a otro, implicado también en sus chantajes —adivinó Charlotte—. Por regla general, el segundo no debía de tener dinero e iba a buscarlo donde Marjorie le indicaba podía obtenerlo.

—Así es —confirmó la asesina fríamente—. Todos ellos merecían morir y aún quedan algunos por purgar sus culpas.

—¿Quieres explicarme, por favor? —pidió Farhis.

—Sí. Hace tiempo, en una de las bacanales organizadas por Sheree, murió una muchacha. Fue un exceso de drogas y alcohol; demasiado para una persona no acostumbrada. Todos los que han muerto tomaron parte en aquélla orgía.

—Lo dicen los microfilmes, ¿no?

—Sí. Sheree, naturalmente, no estaba presente; no solía hacerlo. Era la organizadora, pero actuaba con suma prudencia.

—Lógico —convino Farhis—. Pero ¿quién era la muerta?

—Mi hermana.

Hubo un momento de silencio.

—Según tu particular punto de vista —dijo Farhis al cabo—, esas muertes están justificadas. Pero ¿qué me dices de la de Bill Harrison?

—Tengo las planchas que él falsificó en mi despacho. Le propuse imprimir billetes y se negó. No quise que lo repitiera a nadie; me pareció un sujeto poco fiable.

—Sí, he visto en tu dormitorio unas prendas masculinas —habló Farhis con naturalidad—. Ahora comprendo por qué el asesino de Harrison tenía la cara tan blanca.

—Fui yo —admitió Marjorie sin inmutarse.

—Ahora se destapará todo el pastel. Se sabrá que has cometido varios asesinatos. No lo pasarás bien, Marjorie.

La aludida se encogió de hombros.

—¿Crees que no tenía previstas todas las eventualidades? El dinero que conseguí está a buen recaudo. Me iré de Jaffersville, Kim.

—Con Hanna Guinlan, sin duda.

Marjorie hizo un gesto de indiferencia.

—No fue cosa mía —contestó—. Lo hizo Mac.

—Pero no se puede decir que te resultase inconveniente.

—Mac hubiera perdido mucho más que yo, Kim.

—¿Sabía ella algo interesante?

—Imagino que sí —contestó Marjorie—. Por ejemplo, su primitiva asociación con Sheree..., pero esto carece de importancia para mí.

Volvió a mirar a Mac Veran.

—Mataste al hombre a quien yo quería —dijo—. No puedo perdonártelo, Mac.

La pistola apuntó a la cabeza de Mac Veran, que estaba horriblemente pálido. Charlotte volvió la cabeza, para no ver el asesinato que se iba a cometer en aquel lugar.

Pero Marjorie había cometido un error: olvidarse de Kuttara.

Kuttara seguía arrodillado en el suelo. Su herida, sin embargo, no era demasiado grave.

De pronto, alargó la mano izquierda y asió la pistola caída casi a

los pies de Marjorie. Levantó el arma y apretó el gatillo.

Marjorie exhaló un agudo chillido, a la vez que retrocedía un paso, como empujada por la bala. Un círculo rojo apareció inmediatamente en el centro de su pecho.

Se arrodilló, haciendo esfuerzos desesperados para levantar la mano armada. Kuttara disparó de nuevo, destrozándole la cara.

La mano de Marjorie se agitó en un último espasmo y su dedo índice se crispó en torno al gatillo. La bala, tras rozar los cabellos de Kuttara voló hasta hundirse en la garganta de Mac Veran.

Se oyó un horrendo gorgoteo. Mac Veran manoteó frenéticamente y luego se desplomó. Sus pies batieron el suelo con siniestro tamborileo.

Farhis reaccionó. Kuttara parecía haberse quedado anonadado por los imprevistos resultados de su acción. Farhis saltó hacia él y golpeó con el pie la mano armada, haciéndole saltar la pistola por los aires.

Kuttara lanzó un rugido y se encorvó sobre sí mismo. Anonadado, Owie no se atrevía a moverse.

Farhis recogió la pistola de Owie. Luego hizo un gesto con la cabeza.

—Lotte, avisa a la policía —indicó.

Kim Farhis abrió la puerta, silbando alegremente, y se encontró a Charlotte sentada en el diván de la sala.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, sorprendido.

—No quiero volver más a aquella casa —dijo la muchacha—. He dado orden al abogado para que la ponga en venta.

—Comprendo. —Farhis se quitó el sombrero y lo tiró sobre una silla—. Ya está todo solucionado —añadió.

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—Hay una cosa que no he acabado de entender, Kim —dijo.

—¿Sí? —murmuró él, mientras vertía *whisky* en dos vasos.

—Los anónimos. ¿Quién los envió?

Farhis le entregó uno de los vasos.

—No se ha averiguado y no parece probable que lo hiciera Marjorie. Pero Sheree tenía más de un enemigo. Alguno de sus extorsionados, sin duda, quiso meterle el miedo en el cuerpo, con objeto de que dejase de hacer presión sobre él. De todas formas, no

es demasiado importante.

—Sí, Kim. —Charlotte meneó la cabeza—. Parece inconcebible que una mujer como Marjorie cometiese esa horrible serie de crímenes —comentó.

—Bueno, ya escuchaste sus motivos: celos, venganza y... en fin, tampoco desdeñaba el lucro. Pero la base principal de sus acciones fue el odio.

—Es cierto, Kim.

Charlotte lanzó un profundo suspiro.

—Esto marca el final del caso —añadió.

El timbre del teléfono sonó en aquel momento.

—Perdona un momento, cariño —dijo Farhis.

Se acercó al aparato y levantó el auricular.

—Farhis —dijo.

Una voz femenina sonó de inmediato en los oídos del investigador.

—Hola, Kim. ¿No me conoces? Soy Hanna Guinlan.

Me vuelvo a Jaffersville y me gustaría hablar contigo. Tengo muchas cosas que contarte...

—Perdóname, Hanna, pero me temo que no me lo van a permitir.

—¿Qué dices, Kim?

Farhis miró a Charlotte y sonrió.

—Acaban de prohibirme las citas personales fuera del horario de trabajo —manifestó.

—Pero, Kim, te aseguro que...

Charlotte se levantó y arrebató el teléfono de manos de Farhis.

—No se moleste, Hanna —dijo—. Todo lo que usted tenía que decirle, se lo diré yo de ahora en adelante. ¡Adiós!

Colgó el teléfono y le miró sonriendo.

—Espero que no te haya parecido mal —opinó. Farhis la abrazó con fuerza.

—¿Te quedas en Jaffersville? —preguntó.

—Sí —contestó Charlotte con voz firme.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

